



IV

CERTAMEN DE POESÍA Y
RELATO GUILLERMO
FERNÁNDEZ ROJANO

IV Certamen de Poesía y Relato
“Poeta Guillermo Fernández Rojano”
Ayuntamiento de Orcera

Primera edición: Enero 2025
Depósito Legal: J-15-2025
ISBN: 978-84-09-63230-5

Diseño: Ayuntamiento de Orcera
Coordinador: Sergio Rodríguez Tauste

Maqueta, Imprime y Encuaderna: Imprenta Albagrafi
Tlf. 953 48 60 72
Mtra. Emilia García, 4 23360 La Puerta de Segura (Jaén)

Portada: Ayuntamiento de Orcera

Ninguna parte de esta obra puede ser reproducida por algún medio, sin los permisos expresos de los autores.

*Orcera bajo la nieve,
erigida sobre la cuesta,
parece una casta novia
que a su amante el Sol espera.*

*Perfila bien sus contornos,
y en la alta carretera
pone una alfombra muy fina
para el viajero que llega.*

**Fragmento de
“Romance de la nieve en Orcera”
Sola mi voz en el mar (1948-1953)
Juan Pedro Cano Munera**

Presentación

La IV edición del Certamen de poesía y relato “Guillermo Fernández Rojano” ha contado con un total de 37 propuestas procedentes de muchos lugares del país e incluso desde el extranjero con una participación desde Chile. Este pequeño libro que tienes en tus manos recoge las obras premiadas en sus diferentes categorías. Quizás para cualquiera de los premiados el poder ver su nombre y su trabajo publicado puede que sea mejor premio que la dotación económica que tiene el certamen. Desde el Ayuntamiento de Orcera contribuimos de esta manera a la creación literaria y a su difusión con la intención última de que el nombre de nuestro municipio sea más conocido, y en otros ámbitos más allá del turismo.

Solamente me queda dar las gracias a todos los participantes de esta edición, a los premiados y, especialmente, a los que no lo han sido. La convocatoria del certamen es anual y esperamos volver a ver vuestras propuestas en posteriores ediciones. También, como no, agradecer al jurado y al personal del Ayuntamiento que ha colaborado en el proceso de recepción de las propuestas y el procedimiento de valoración a ciegas de forma desinteresada.

Sergio Rodríguez Tauste

Concejal de Cultura del Excmo. Ayuntamiento de Orcera

IV Certamen de Poesía y Relato
“Poeta Guillermo Fernández Rojano”
Categoría General

Zapatos Rojos con Tacón de Aguja
(O bailar)

Juan Carlos Pérez López
(Bormujos, Sevilla)

Primer premio modalidad relato
IV Certamen de Poesía y Relato
“Poeta Guillermo Fernández Rojano”

“Zapatos rojos con tacón de aguja (o bailar)”

Empalideció al ver aparecer el rostro del marido, reflejado en el escaparate de la zapatería que ella contemplaba. Tétrica aparición. El hombre la agarró con brío y malicia por el brazo; los dedos dejaron una marca blanquecina en la piel sonrosada de la mujer.

—Me haces daño, Cesáreo. —Susurró la mujer, sin apartar la vista de los zapatos expuestos tras el cristal, y cuidándose de que no la oyesen los viandantes.

— ¡Y tú me estás haciendo pasar vergüenza! —El hombre alzó la voz, sin miramientos— ¿Creías que no iba a darme cuenta de que me das las vueltas para venir aquí cada dos por tres? Ni sueñes con comprarte esos zapatos rojos a los que no le quitas los ojos de encima; son de furcia, y no zapatos para que los luzcan los pies de la mujer que está casada conmigo. ¡Ay de ti si te los compras...! Por estás que irías directa al infierno con ellos puestos. —Juramentó.

—Con mirarlos no le hago daño a nadie.

— ¡¡Sí que se lo haces!! A mi honor.

*

Unos meses después, invierno de 1948, Montalbino, Comarca de Las Llanezas.

—Aquí tienes el pasaporte, el billete del tren, y algo de dinero para que puedas arreglártelas hasta que cobres tu primer jornal, que no ha de ser nada malo comparado con lo zoquete que eres. Y tira a la basura esas alpargatas mugrientas y cómprate unos zapatos decentes,

¿o acaso vas a presentarte con esa pinta de pordiosero en la fábrica?

—Lo que *usté* mande, señor alcalde.

—Ea, pues a cumplir como un hombre. Y muda el gesto, que no vas al matadero. Ya verás que allí habrán de tratarte bien. Y una cosa más, que no es sino la principal de todas: ni se te ocurra volver a pisar el pueblo. Ay de ti si no me obedeces a pies juntillas... Te juro que te despellejo vivo y luego hundo a tu familia en un estercolero de miseria. Así que aplícate el cuento, Eusebio: mientras estés bien lejos de aquí y calladito —da al joven un cachete paternalista en la mejilla—, yo me ocuparé como es debido de tu madre y de los mocosos de tus hermanillos. De ti va a depender que a partir de hoy coman gloria bendita o mierda pura, ¿entendido?

— ¿Y no podría irme después de las Navidades? No he dicho nada; usted manda, señor alcalde.
—Termina por decir Eusebio al ver que su interlocutor lo crucifica con una mirada colérica, devastadora para el ánimo del muchacho.

**

Montalbino, Comarca Las Llanezas, agosto de 1958.

Cualquiera podría haber afirmado sin temor a equivocarse que a los gallos del pueblo sus amos les habían amarrado los picos con hilo bramante. Porque al romper el alba, ni el más leve murmullo importunó el silencio dictatorial que anegaba las calles de Montalbino, impregnado por un fulgor malva. El doblar a muerto de las campanas de Santa María la Mayor despedazó de súbito la tranquilidad imperante. Mas ni un alma se sobresaltó ni resoló al oír las tonadas de bronce que componían aquel toque de diana luctuoso. Nadie en absoluto se preguntó

por quién tocaba el sacristán con tanta quejumbre los bronces de la espadaña. Porque el paisanaje al completo había participado del revuelo que se armó en la aldea horas antes, justo cuando don Cesáreo cayó fulminado en la puerta de su casa.

Al difunto —sin ocupar siquiera sillón de concejal en la casa consistorial— todos lo llamaban *señor alcalde*, el primero de ellos el mismo regidor titular de la corporación municipal, quien respiró aliviado, como si le hubiesen conmutado la pena capital, al conocer la buena nueva del óbito del alcalde de facto, ya que hasta ese mismo día había sido un pelele sin voluntad en manos de quien, de manera milagrosa, acababa de convertirse en nutriente de sepultura por más que a ojos de cuantos oprimía parecía un ser inmortal. En verdad, nadie esperaba una muerte tan repentina a la vista del buen aspecto físico que lució el finado hasta la milésima de segundo anterior a que fuese arrollado sin contemplaciones por su hora fatal.

La resonancia broncínea y lúgubre, que parecía escapar del campanario dando aletazos de metal, como lo habría hecho una lechuza asustada al levantar el vuelo, llegó en plenitud a oídos de la flamante viuda. La mujer permanecía en ese instante sentada en el poyo encalado; situado a la derecha de la puerta principal de su casa, se convirtió en la gélida atalaya desde la que vio discurrir la interminable vigilia. Justo donde reposaban las posaderas de ella fue el lugar preciso donde el esposo dio la bocanada postrera de vida, como un pez fuera del agua. Ocurrió mientras el carrillón del reloj del ayuntamiento proclamaba las once en punto de la noche. Tan insulsa hora fue la elegida por la Parca de manera azarosa para ir al encuentro de don Cesáreo, el hombre ignorante, en ese hostil segundo para él, de lo breve y desfavorable que iba a ser su futuro, un futuro que siempre pergeñó que sería largo y halagüeño para sus avariciosos intereses y sus más bajos ins-

tintos. Tan tranquilo como estaba nada podía imaginar de lo que se le venía encima mientras se deleitaba dando caladas a un habano importado de ultramar, él saboreando con cada calada los aromas caribeños... Cómo siquiera intuir la cercanía de su inminente fatalidad mientras, eufórico, empapaba el gaznate con el anís seco Roldán, recién llegado a sus manos desde de la destilería... El hombre se sentía pletórico, sus sentidos alborozados. Poco podía presentir que la Parca ya resoplaba en su cogote. El aire fresco, que corría en ráfagas, lo recibía el hombre como un aliento bendito del cielo que apaciguaba el sofoco que crecía en su entrepierna mientras revivía en su mente el último viaje que hizo a la capital, en sus ojos relumbrando el ansia por ver llegar cuanto antes el momento de hacer la próxima escapada, que tenía prevista realizar apenas discurriese un par de días. Empero dicha aventura quedó reducida a la mera condición de pensamientos sin porvenir en la calenturienta cabeza de don Cesáreo a la vista de lo acontecido.

Cual súbita riada que arrasa con todo a su paso, los sonsonetes fúnebres, aliados con el resplandor malva que derrochaba el clarear del nuevo día, alcanzaron de lleno a Eulalia —se ruborizaba cuando la llamaban doña Eulalia—, sacudiéndole las entrañas. Acariciada por el helor del relente de la amanecida, se estremeció, como si un muerto le hubiese pasado sus uñas de escarcha a lo largo del espinazo. En esa hora temprana, la mujer aparentaba ser una estatua de sal: tenía anquilosados los músculos de su enteco cuerpo, y su sereno semblante relucía enjalbegado por un viso alabastrino. Apenas eran percibidos los leves vaivenes de las largas pestañas, así como de algunas hebras de cabello fugitivas de su moño, que eran removidas por voluntad de las rachas amables de la timorata brisa, que soplabla en anémicas oleadas.

El velatorio de don Cesáreo fue el más concurrido que se recuerda en Montalbino. Incluso en toda la comarca de Las Llanezas. El dormitorio donde quedó expuesto el cadáver (hasta horas antes una heredad de injurias inconfesables y maltratos humillantes) se transfiguró en un punto de peregrinaje para los montalbineses. Ni un alma dejó de acudir a la casa; intramuros de la lujosa vivienda se congregaron hombres y mujeres, abuelos y niños, en mayor número que solían hacerlo en la ermita durante celebración de la romería en honor de la Patrona. Los presentes mostraron un interés desorbitado por certificar en primera persona que el hombre había estirado la pata con certeza, y desde luego que entre sus intenciones no se encontraban consolar u ofrecer su sentido pésame a la impertérrita viuda, condolencias que, por otra parte, a ella simplemente le traían al paio. Eulalia, por su parte, liquidó el velorio a la intemperie, apoltronada en el poyo de piedra encalada. Allí se mantuvo durante horas de manera digna, con las manos cruzadas al calor del regazo, y con las nalgas tumefactas por el helor que rezumaba el pétreo asiento, sobre el que vegetó como si estuviese traspuesta hasta que los fulgores de la alborada decoloraron la negra noctívaga. Porque después de que ella sacara del armario la camisa de algodón blanca, el mejor terno del esposo, y embetunase y cepillara a conciencia los zapatos Oxford de cuero artesanales (un par semejante valía el sueldo de un mes de un jornalero bajo su yugo), para vestir y calzar al difunto de domingo, y una vez que don Cesáreo quedó expuesto para que le fuese practicada la autopsia visual por parte del chismorreó público sobre el lecho conyugal—convertido para la ocasión en un catafalco alumbrado por cuatro cirios y cubierto por un sudario de terciopelo violáceo—, la bisoña viuda se echó a la calle, con el gesto contrariado, aunque del todo despreocupada de las miradas fiscalizadoras que pudiera echarle encima el vecindario, ella resuelta a liquidar el tiempo de espera hasta el

entierro con total indiferencia, como quien desde una ventana cualquiera ve desfilan el cortejo fúnebre de un desconocido. Con gestos apenas perceptibles, rechazó las zapatillas de paño que le tendieron para que se abrigase los pies descalzos, así como echó para atrás las toquillas que le ofrecieron las vecinas con la intención de que se protegiera los hombros del relente. Y henchido su semblante de seriedad, se negó a aceptar las tilas, cafés, caldos, y cuantas gotas de agua del Carmen le brindaron con intención de reconfortarla, algo que ni mucho menos precisaba, pues aquella muerte inesperada le había traído un soplo de liberación. Sin decir ni mu, y haciendo oídos sordos a cuanto le decían, se mantuvo impávida. Contempló de manera aturdida el firmamento, en sus ojos flameando el fulgor de las estrellas, que parecía alumbrar en su lánguida mirada un arrebató de rabia viva que, a todas luces, impedía que aflorase la pesadumbre que suele germinar en el ánimo de los deudos tras la pérdida de un ser amado.

Eulalia se puso en pie con diligencia al ver aparecer por el final de la calle al funerario. El hombre acarrea el féretro sobre una carretilla de mano. Junto a él formaba duo fúnebre su ayudante, un chiquillo enclenque que le seguía como un perrillo faldero, colgada del cuello del zagal la corona de flores de plástico, a modo de laureado trofeo. Ella se adecentó la falda y la blusa, como si quisiera dar algo de decoro al medio luto que vestía, que, en contra de lo que muchos pudieran pensar, para nada expresaba un sentimiento de duelo. Porque aquella no era sino la ropa que vestía cuando fue sorprendida por la muerte fulminante de don Cesáreo —tan solo se quitó el delantal, con el que el marido quería verla puesto en el interior de la jaula de oro que ella habitaba—. No tuvo así la mujer necesidad alguna de cambiarse la vestimenta para expresar en público una pesadumbre que en los abismos de su alma no existía. Liberó un minúsculo suspiro, como de gigantesca

liberación. Volvió a entrar en la casa. Las plañideras velaban al interfecto, hipando con incontinencia, mas no por aflicción, sino por la incertidumbre que les infundía el hecho de que sus maridos pudiesen quedar desamparados tras el óbito *del señor alcalde*, a quien le reían todas las gracias a cambio de migajas con las que llenar un plato de comida dos veces al día, pues su mano, empleada con tanta dureza contra ellos, no era sino de la que comían muchas familias. A diferencia de esas impostoras de congoja, Eulalia no había derramado ni una sola lágrima por el interfecto que yacía sobre el tálamo donde ella perdió la virginidad sin recibir ni una muestra de ternura y cariño, y donde don Cesáreo le hurtó cualquier atisbo no ya de ser feliz, sino de tener siquiera una vida digna, en la que, si no querida, al menos se hubiese sentido respetada. Por el contrario, en su fuero interno, ella había perdido la cuenta de las veces que, en silencio, había maldecido el linaje entero de él. Fueron tantas las veces que tragó las ganas de gritar a los cuatro vientos lo malnacido que era... No otra cosa que ponerlo en evidencia merecía semejante descastado. Y eso mismo, gritar, descubrir y denunciar sus vilezas, era lo que el cuerpo le demandaba que hiciese desde lo más hondo de sus tripas, justo en donde borboritaba la cólera que le infectaba la sangre que, briosa, corría por sus venas.

Sin perder detalle, y afónica, dejó hacer su labor a los operarios de la funeraria. Una vez que el difunto dio con sus helados huesos en el interior del ataúd —tremendo golpe se llevó el cadáver al resbalar (seguro que adrede) de las manos a los funerarios—, ella ordenó que el féretro fuese dejado en el zaguán, que todo el mundo saliese de la casa, y que fuese cerrada la puerta principal hasta que ella se cambiase de ropa. Extrañados, pero sin rechistar, obedecieron sus palabras, quedando en el interior de la vivienda solo el difunto y la viuda.

Aupada en una silla, Eulalia echó mano de la maleta que estaba en lo alto del armario de su dormitorio, la misma que cada dos semanas le pergeñaba al marido para los viajes que realizaba a la capital por cuestiones relacionadas con las numerosas y extensas fincas de su propiedad, aunque ella sabía que también los hacía para olvidar en otros brazos de mujer la frustración que él sentía porque ella no le hubiera dado un descendiente que portase su apellido, algo que el *señor alcalde* le afeaba cuantas veces fuese menester, sin importarle que hubiera gente delante, sus palabras malintencionadas clavándose como arpones envenenados en el corazón de la mujer. Colocó la maleta sobre la cama, encajada en el frío hueco que horadó en el colchón de lana el peso muerto del horondo cuerpo del esposo. Ella contempló su reflejo en la enorme luna del armario; lo recorrió con la mirada de arriba abajo. Descubrió rasgos de juventud aún agazapados en su semblante, prematuramente envejecido por la tristeza y la rutina. Retiró las horquillas del rodete de su pelo; resbaló la melena como un velo de seda a lo largo de su espalda. Abrió la puerta del ropero. Pasó revista a la ropa. Como si le molestase que estuvieran junto a sus vestidos, apartó con urgencia los trajes y camisas del esposo, que en ese momento se le antojaron como una colección de harapos que colgaban de las perchas como fantasmas ahorcados que rezumaban el apestoso olor del marido. Tomó varias prendas de él; las metió desordenadas en la maleta. De un cajón de la peinadora cogió un par de calzoncillos, una camiseta, unos calcetines y media docena de pañuelos; el mismo equipaje que solía prepararle al esposo cada vez que este le anunciaba un nuevo viaje a la capital. Cerró la maleta. De un baúl que había junto a la ventana extrajo una caja de cartón, que ocultaba bajo las toallas, mantas y sábanas de encaje de su ajuar de novia. En su interior, junto a las ramas secas de alhucema, con la que ella sahumaba sus vestimentas tras lavarlas,

yacía el último vestido de flores que Encarna, la modista del pueblo, le hizo a medida —ya apenas recordaba cuándo se lo confeccionó—, para estrenarlo en las fiestas patronales, y para lucirlo en el baile de la plaza del ayuntamiento, sus volantes cortando el aire al compás de la música de la banda de don Justo Jiménez, tanto como a ella le gustaba bailar... Pero nunca llegó a estrenarlo, al menos no en la procesión de la Virgen de la Misericordia. Porque don Cesáreo le prohibió ponérselo por ser “demasiado atrevido”. Igual que la amenazó con matarla si osaba comprarse los zapatos rojos con tacón de aguja que estaban expuestos en el escaparate de la zapatería de Zoilo, que ella visitaba cada domingo. Entonces, terminada la misa de doce, el matrimonio se separaba en la puerta de la iglesia. Ella, creída de que él no lo advertía, daba un rodeo antes de ir a su casa, mientras el marido tomaba el aperitivo en el casino. Le gustaba a la mujer acercarse a la única zapatería del pueblo. Solía pararse frente al escaparate. Se quedaba embobada contemplando los zapatos rojos con tacón de aguja; soñaba con estrenarlos en las fiestas patronales de San Gregorio y de la Virgen de la Misericordia, con calzarlos en el desfile procesional del 8 de septiembre, con lucirlos en el baile... Pero siempre acababa por despertar del sueño empotrada en la cruda realidad, en la pesadilla que le aguardaba puertas adentro de su casa. Se apresuraba entonces para tener listo el almuerzo para cuando llegase el esposo, aunque a menudo don Cesáreo se sentaba a la mesa cuando el guiso ya estaba frío o el arroz pasado, y él, al echarse a la boca la comida recalentada, le recriminaba lo mala cocinera que era, su aliento vinoso anegando el comedor como una ventolera pestilente.

Acarició el vestido. << Los hombres no dejarán de desnudarte con los ojos. Apártalo de mi vista para siempre o te lo hago jirones>>. Le pareció escucharlo, como si hubiese resucitado. Lo sacó de la caja, dejándolo caer

extendido sobre la cama. Lo alisó, pasándole las manos repetidamente. En verdad creyó estar planchando el vestido con esas mil caricias que le hubiera gustado recibir de un hombre bueno, de un hombre que la hubiera respetado y amado de verdad, de un hombre que se habría sentido orgulloso de ella al verla lucir el vestido de flores, y calzando los zapatos rojos con tacón de aguja que tanto miraba en el escaparate de la zapatería, y que él le habría regalado sin dudarle de tan primorosos como eran, dignos de acicalar los pies de Eulalia.

Se maquilló delante del espejo del aguamanil de ébano. Sonrió al hacerlo, aunque esbozó una sonrisa con cierto poso de acritud. Porque a ella le hubiera gustado maquillarse cada día, cuando le hubiese venido en gana, y no hacerlo solo en ausencia de don Cesáreo, para así no tener que escuchar las quejas de quien, entonces con el rostro enrojecido por la ira, la reprendía por pintarse los labios y los ojos. << ¡¡Pareces una furcia!!>> Creyó oír otra vez al esposo, recriminándola desde el más allá. Se recreó con el reflejo que le devolvía el azogue. <<Hay muertos que no merecen que alguien lleve luto por ellos>>. Volvió a parecerle escuchar de nuevo al marido.

—Ahí sí que te doy la razón, y te lo voy a demostrar. —Habló ella en voz alta, como si le estuviese respondiendo al esposo.

Se reconoció guapa, como hacía años que no se veía, que no se sentía. Porque en la necesidad imperiosa, casi vital, de no causar molestia alguna al marido, la dejadez se apoderó de ella, el brillo de su mirada apagado, y la piel de su rostro, ajado con premura por la angustia y la desazón, enlucida por un lienzo de deslustre. Como por ensalmo, se sintió rejuvenecida. Incluso descubrió su figura estilizada cuando se puso el vestido de flores. Y no le importó nada que le quedase grande, ya que los años de

sufrimiento al lado de don Cesáreo, los desplantes soporados y los desprecios tragados, le habían consumido las carnes y el ánimo a un mismo tiempo. Se calzó unas manolinas de terciopelo negro. Antes de salir, extrajo del arcón un paquete, envuelto en papel de periódico con noticias de tiempos pretéritos.

A las doce menos diez de la mañana, volvieron a doblar las campanas de la iglesia parroquial de Santa María la Mayor, contraseña litúrgica lanzada al aire por el sacristán para anunciar que el párroco ya había salido del templo en dirección a la casa del finado. La plazoleta donde vivía el difunto así como las calles aledañas permanecían atiborradas de personal, como al cura le hubiera gustado verlas durante la procesión del Patrona del pueblo. Eulalia abrió la puerta de la casa. Al salir a la calle, con el cabello suelto, maquillada, acicalada con el vestido de flores y sosteniendo en su mano derecha la maleta, un rumor estridente quebró el silencio imperante, como si la tierra hubiese dado un estertor final.

El cortejo fúnebre de don Cesáreo partió hacia la iglesia, encabezado por el cura y dos monaguillos que vestían sotana negra y roquete blanco, los cuales de vez en cuando volvían la vista atrás, perplejos ante la visión tan colorida de la viuda. La viuda marchaba detrás del féretro, seguida por el resto del paisanaje. Antes de entrar en el templo, Eulalia dejó en la puerta la maleta, en ella clavada la mirada de cuantos no pudieron acceder a la parroquia, entre cuyos muros sacramentales no cabía un alma, el conjunto de los asistentes festejando en afonía el anhelado óbito del cacique.

Cumplido el trance del funeral —el páter no desaprovechó la ocasión para recriminar a los presentes por la ausencia crónica a sus misas—, Eulalia ya no se sumó al cortejo fúnebre. Impasible, observó desde la para-

da del autobús cómo por el camino pedregoso del cementerio se alejaba el féretro, portado a hombros por los compañeros de partida de cartas de don Cesáreo en el casino, quienes se dejaban perder mano tras mano para evitar los enfados y represalias del *señor alcalde*, pues tenía mal perder. No fueron pocas las personas que dudaron si ir al cementerio, tentados por la idea de quedarse para ver si la viuda se marchaba del pueblo sin esperar siquiera a que diesen tierra al difunto, como así ocurrió.

Cuatro horas más tarde, Eulalia tocaba el timbre de la pensión en la que se alojaba el difunto esposo cuando viajaba a la capital. Mientras aguardaba a que alguien respondiese al otro lado de la puerta, extrajo de su pequeño bolso la cajita metálica, que atesoraba un camafeo de nácar. Volvió a pulsar el timbre. Al comprobar que nadie abría la puerta, se sentó en las escaleras a esperar, los escalones tan gélidos como lo estaba el poyo de piedra encalada en el que pasó el velorio del difunto esposo. Recordó entonces el momento más triste de su vida; al menos, el más penoso que había vivido hasta segundos antes de comenzar a amortajar al marido, instante en el que su ánimo fue aplastado por la certeza de que estaba sola en la vida, vacía y sola, sin un recuerdo amable del que alimentarse para seguir adelante con algo de esperanza...

Diez años antes.

—Tú, que estás casada como Dios manda, no eres capaz de darme un hijo, y la mentecata de tu hermana, sin pasar por el altar... Ahí la tienes, ¡preñada de semanas! Pues que sepas que a “tu Carmela” —enfaticó el esposo— la echo yo del pueblo antes de que nadie se dé cuenta de que la tripa le engorda. Y al malnacido que la ha preñado... Te juro que no me llevo por delante al cascarrioso del Eusebio por no tener un huérfano sobre mi conciencia. Pero ya le he dejado yo las cosas bien claras a ese

miserable. Como se le ocurra volver a poner un pie en el pueblo, lo despellejo vivo, y su familia come de lo que encuentre en el estercolero. Si tus padres la vieses, tan recatadita como parecía... Los huesos de ellos darían botes en la tumba. Pobres, salirles una hija así, con lo que eran ellos, de misa y comunión diaria... Cómo nos ha engañado la muy furcia... Mira, mujer, una cosa te voy a decir, y no hablo en vano: a esa no le ves más el pelo. Y si no quieres verte tirada en la calle como una pordiosera, más te vale que a esa ni se te ocurra escribirle ni intentar buscarla. Por encima de todo está la honra, y para defender mi honra yo no sé de nada ni de nadie, ni siquiera de lazos de sangre ni de parentescos políticos. Tu hermana está muerta desde hoy mismo para nosotros. ¿Me entiendes? ¡¡Muerta!! Y no hace falta que te vistas de negro. Porque hay muertos que merecen que nadie lleve luto por ellos.

La gélida mano, apoyada sobre su hombro, la sobresaltó, dormida como se había quedado Eulalia en el rellano de la escalera. Al abrir los ojos, se encontró con una mirada de contrariedad, fría como mármol de cementerio. Sin levantarse, Eulalia habló:

—Se acabó la función. Lo que no entiendo es cómo el Eusebio, que se bebía los vientos por ti, se prestó a este paripé que urdió mi marido. Supongo que todos tenemos un precio, ¿verdad?

La mujer que tenía enfrente ni se inmutó a pesar de tantos años como habían transcurrido desde que Eulalia la viese marchar del pueblo en compañía de Eusebio, ambos hostigados por *el señor alcalde*. Eulalia se puso en pie. Ni un beso intercambió con su única hermana, a la que tanto había echado de menos, que ni una sola carta pudo mandarles a ella, don Cesáreo celoso de evitar cualquier

contacto entre ambas. Clavó sus ojos en los del chiquillo que la acompañaba. Sintió que la sangre se le helaba en las venas. Sin decir palabra, tomó la mano de Carmela. Le puso en la palma el camafeo de nácar que había encontrado en el bolsillo interior del bolsillo de la chaqueta de don Cesáreo, justo al ir a amortajarlo con su mejor terno de paño, el de los domingos y fiestas de guardar, el que solía ponerse cada vez que viajaba a la capital.

Se dio media vuelta. Sin advertir que llevaba la maleta en la mano, comenzó a bajar las escaleras, como si iniciase el camino hacia una nueva vida.

—Mamá, ¿quién es esa señora? —Preguntó el chiquillo.

—Es tu tía. —Respondió con sequedad la madre, mientras miraba la foto que había en el interior del camafeo de nácar que le había entregado Eulalia, en la que aparecía Carmela con su niño en brazos y don Cesáreo a su lado, echándole el brazo por encima del hombro, todos sonriendo, como cualquier familia bien avenida que pasa un día en el parque.

Eulalia se detuvo en seco en el rellano de la escalera. Volvió sobre sus pasos. Dejó a los pies de la hermana la maleta con la ropa del difunto.

—Ahí tienes sus cosas, por... si vuelve. —Sonrió con malicia.

Miró al crío. En el rostro de su sobrino adivinó las facciones de don Cesáreo, en sus ojillos vivarachos flameando la mirada severa que solía gastarse con ella *el señor alcalde*. Se estremeció.

Ya en la calle, Eulalia respiró hondo. Se sintió reconfortada al notar sobre su cara la caricia de la cálida brisa vespertina. A pocos metros, en un parque adornado

con banderines, flores y ristras de luces de colores, se celebraba una verbena. Se acercó, su rostro encendido de alegría. Tomó asiento en un banco de piedra. No sintió que estuviese frío. Alisó su vestido de flores, pasando sus manos por los pliegues. Entrelazó los dedos, formando una piña que dejó caer sobre el regazo. Tras unos minutos, la orquesta, situada en el kiosco de música, comenzó a interpretar un pasodoble, su pasodoble preferido. Sin esperar a que nadie se le acercase para pedirle bailar, se quitó las manoleínas de terciopelo negro. Se puso en pie. Con una sonrisa esbozada en los labios, comenzó a bailar, descalza. A cada vuelta que daba, ella recordaba el momento en el que, en completa soledad en el zaguán de la casa, abrió el féretro del marido. Lo descalzó. Le encajó cuanto pudo en sus gordos pies los zapatos rojos con tacón de aguja, para que don Cesáreo se fuera con ellos puestos directo al infierno. Porque ella se dio el gusto de comprárselos, y los estrenó junto con el vestido de flores antes de enviudar; mucho antes. Y es que cada vez que el marido se iba de viaje a la capital, ella aprovechaba para ponerse el vestido de flores y se calzaba los zapatos rojos con tacón de aguja. Entonces encendía la radio, y se ponía a bailar la pieza que sonase, en sus labios esbozada una sonrisa de felicidad...

"El velatorio"

Juan Molina Guerra
Ubrique, (Cádiz)

Segundo premio modalidad relato
IV Certamen de Poesía y Relato
"Poeta Guillermo Fernández Rojano"

“El velatorio”

Sonaba la penúltima campanada de las ocho en el reloj de la torre de la iglesia de la Encarnación cuando el administrador de correos llegó hasta la puerta de la oficina y hendió la llave en la cerradura.

Nada más entrar, Aquilino se acercó hasta el cesto donde caían las cartas del buzón que daba a la calle. La luz del estío, nítida y madrugadora, se colaba por la rendija, horizontal y limpia, alumbrando la pálida superficie de la rampa, por donde resbalaban cada día cientos de misivas con su indesvelado contenido.

Recogió el mazo de cartas madrugadoras con cierta morbosidad, pero no halló lo que buscaba. Movi6 la cabeza a un lado y a otro, mientras mascullaba para sí: ¡Este Zenobio!

Se lo imaginó durmiendo a pierna suelta, roncando atronadoramente. Era el que mejor saque tenía del grupo. Aunque Asenjo no le iba a la zaga, a pesar de que los excesos habían comenzado a aflorar, hacía ya un tiempo, a su tez bermeja. Él, en cambio, era mal bebedor. Ahí estaba para certificar su falta de fortaleza, como de costumbre, el terrible dolor de cabeza que no lo había abandonado desde la víspera. Sólo Beltrán le ganaba en debilidad, pero en él era comprensible, dada la batalla que venía librando contra el cáncer desde hacía ya veinticuatro meses. Como él mismo acostumbraba a decir cuando iban de guiso: *Como muestra, vale un botón*. El resto de la velada sólo bebía agua, con la que regaba las chuletas de cerdo y las costillas a la brasa. Y, sin embargo, ahí se mantenía, delgado como un mástil, resistiendo los embates silenciosos del carcinoma que habían tornado cerúlea su piel y hundido sus ojos, que miraban, desde la

mazmorra de su calavera, prominentes y asombrados, como si el mundo se le hubiese revelado de súbito rebosante de prodigios y sorpresas.

Sobre el jardín que precedía al cementerio, el sol de agosto, apenas un heraldo aún, trenzaba arabescos entre la fronda de los magnolios y los sauces. El desorden de las sillas de tijera vacías, arracimadas como islotes informes en diversas esquinas de la explanada, hablaba por sí solo de la noche transcurrida.

En la sala número uno dormitaban las mujeres, ojerosas y mustias. Pasión suspiraba de vez en vez y miraba el ataúd que reposaba a su izquierda, tras la enorme cristalera.

Pobre Cándido.

La letanía de Pasión parecía como que conmovía a sus apenadas vecinas de asiento, que le daban palmaditas tiernas en la espalda para mitigar su dolor. Sus dos cuñadas, en cambio, las hermanas Ruipérez, no acababan de creerse tanta muestra de aflicción. Para ellas, Pasión era la arpía que había llevado a su hermano hasta el féretro, que brillaba débilmente bajo la luz de sendos candelabros que el servicio de pompas fúnebres había colocado en los costados de la caja de madera. De hecho, la leyenda que rezaba, en letras doradas sobre la banda de color morado: DE TU ESPOSA, CON AMOR, se les antojaba un escarnio.

Alguien percibió de lejos el tañer de unas campanas y miró el reloj.

Ya son las ocho, dijo una voz.

¿Quieres un café?, oyó Pasión que le decía una de sus cuñadas. Tal vez Eladia, la más lerda. O quizá Petra, tan incisiva.

Estaba tan cansada. Sentía el cuerpo entumecido. Toda la noche sentada, aguantando estoicamente sin moverse del sillón, ganando adeptas para su dolor tan grande, suspirando a cada poco y admitiendo, compungida, las palmaditas de aliento en su espalda. Y ahora se sorprendía a sí misma diciendo que no, que lo tomaran ellas, extrañada de oír su propia voz, como si la que estaba sentada en el centro, al fondo de la habitación, fuera su doble, un cuerpo enajenado y extraño que apenas respondía a los impulsos del exterior.

Había sido una larga noche. En las esquinas de niebla donde el sueño y la vigilia se confunden, Pasión había presenciado un filme de suspense, inquietante y angustiante. Había visto a Sabino barajando las cartas, y a ella misma mirándolo, cómplice, a los ojos, esos ojos de mar que la habían traspasado el primer día, cuando la primera consulta en busca de un asidero, los mismos ojos glaucos que Cándido, tan pusilánime, era incapaz de soportar. Se lo confesó el día que ella lo había llevado a consultar al vidente. Fue lo primero que le dijo al salir: “Tiene una mirada insoportable. No sé si sus ojos son verdes o grises. Pero me pone nervioso. Parece la mirada de un tigre”. Luego había visto los tres hijos malogrados, los tres rojos cuajarones que se habían ido desprendiendo de su entraña sucesivamente, siempre en la alta madrugada, con Cándido adormilado sin saber bien qué hacer ni cómo reaccionar, mirando, perplejo, las rosas marchitas que manchaban las sábanas donde él dormía.

En medio del sopor, había creído sentir el temblor en el estómago, cuando Sabino le tomó la mano por primera vez para leer en su palma; el roce de sus dedos en las sienes, tan cerca de ella que percibía con toda nitidez la estela de su loción salvaje; aquel índice horizontal y firme que le levantaba la barbilla con liviandad y le inclinaba la

cabeza, y ella acusando el latigazo verde de su mirada allá en lo alto, escrutando la sorpresa de sus propios ojos entregados al pasmo, sintiendo cómo se le erizaba el vello de los brazos y se tornaban astas diminutas los pezones de sus grávidos senos; había visto la póliza redentora, el brillo lascivo de los seis dígitos, al director de la sucursal con su sonrisa servil estrechándoles la mano, confirmándolos en la sabia decisión tomada, y Cándido echándole el brazo sobre los hombros a la salida de la aseguradora, sintiéndose importante por una vez en la vida.

En ese momento, la película se había interrumpido, y, a su vera, unas voces que hablaban de campanadas y de café la habían sacado de su duermevela.

Por la puerta del tanatorio salían ya las hermanas Ruipérez camino de la cafetería y, ahora sí, Pasión fue consciente de que debía ir al baño. Pronto empezarían a llegar los deudos y dolientes, los amigos y conocidos, los vecinos pudorosos, y había sentido la vibración del móvil en el bolsillo.

El entierro se había fijado para las cinco de la tarde y, mientras cruzaba la explanada hacia los aseos, Pasión se acordó de Zenobio, presidente de la peña flamenca, y de Aquilino, el cartero, ambos aspirantes a poetas y devotos seguidores de García Lorca.

A pesar del cansancio, una sonrisa afloró a su pálido semblante. “Si supierais”, pensó complacida, a la par que empujaba la puerta del cuarto de baño.

En la oficina de Correos, Aquilino no cesaba de acercarse hasta la cesta metálica que recogía las cartas del exterior. Bajo la atenta mirada de don Juan Carlos I, leía la dirección de cada sobre que caía a la cesta.

A las nueve treinta y dos se acercó Beltrán por la oficina.

¿Qué?

Aquilino le miró la lividez aceitunada de la cara. “Cualquier día se nos va”, pensó. Pero sólo dijo:

Nada.

Beltrán levantó los hombros.

Bueno, me voy al cementerio, dijo.

Hizo un gesto con la mano, sonrió y se dio la vuelta.

Aquilino pensó que lo mejor sería irse a desayunar. El dolor de cabeza iba en aumento. Se le antojaba que una cuña le apretaba el cerebro contra la base del cráneo. Se llevó una mano a la nuca y se dirigió hacia el botiquín en busca de un analgésico. Pensó en Asenjo, jubilado y sin preocupaciones, roncando plácidamente, o quizá ya entonado frente a una copa de aguardiente. Este pensamiento le revolvió el estómago. Para aguardientes estaba él.

Ya en el bar, pidió un café solo, doble, sin tostada y sin copa. Se sentó junto a la ventana, desde donde podía otear el buzón exterior de la oficina de Correos, la carátula del león de bronce hambriento, entre cuyas fauces se perdían las cartas.

¿Cuánto hacía que era amigo de Cándido Ruipérez? Lo recordó titubeante en las primeras salidas juntos, ya integrado en el grupo, bebiendo no más de tres copas seguidas, patético en su inseguridad, haciéndose socio de

la peña de fútbol a la primera instancia de Asenjo, que le aseguró que un equipo no es grande si no te hace sufrir, asegurándole que, con aquella bufanda verdiblanca que le ataban al cuello, entraba a formar parte de una hermandad internacional, que el club de sus amores era más que un equipo de fútbol, era una emoción, un sentimiento.

No menor acogida tuvo la propuesta de Zenobio, que lo hizo socio de la peña flamenca al primer requerimiento.

Fue así como Cándido se fue aficionando a la parranda de los viernes por la noche, aprendiendo a distinguir, a duras penas, la soleá de los tientos, las bulerías de Jerez de las alegrías de Cádiz. Así, también, sin apasionamiento, con la sonsera propia de su carácter, comenzó a presenciar en el televisor el flujo y reflujo del balón rodante en las canchas de césped los fines de semana.

Aquilino siempre supo que a Cándido Ruipérez no le gustaban ni el fútbol ni el cante jondo. ¿Acaso había algo en su vida anodina que le entusiasmara de verdad? Él sólo buscaba el calor de la amistad, la complicidad masculina, el espejismo impostor de las confidencias.

Diluyó la pastilla en el fondo de la cuchara por aquello de la úlcera y se chupó el dedo mojado. Apuró el café y tornó a la oficina.

Aunque no había visto a Zenobio acercarse hasta la boca de la bestia melenuda, repasó los nuevos sobres caídos en la cesta. Doña Letizia, aneja al Príncipe Felipe, parecía decirle desde el fondo de su sonrisa pequeña: “No desesperes, Aquilino”.

La cuña de la cabeza ya no le apretaba tanto, y el dolor, ya atenuado, lo fue relajando por momentos. Hoy era sábado, jornada reducida. A las trece horas estaría en la calle. Miró el reloj de pared. Las once cuarenta y tres. Se acercó hasta la cesta. Movi6 la cabeza. Fue al servicio. Cuando sali6, Asenjo lo esperaba en el patio de operaciones.

¿Qu6?

Aquilino lo mir6 a la cara. Ésta reflejaba los excesos de tanto desenfreno. Le dio miedo estar viendo su propio rostro. S6lo dijo: Nada.

Te veo en el cementerio, dijo Asenjo con su voz de caverna, profunda y quebrada.

A las doce y diecisiete los ojos de Aquilino se iluminaron. El sobre le temblaba en la mano. Ley6 la letra redonda y antigua de Zenobio:

DOÑA PASIÓN CEBALLOS.

VIUDA DE RUIPÉREZ

CEMENTERIO MUNICIPAL

LOCALIDAD

En la esquina superior derecha un petirrojo descansaba sobre la rama afilada de un majuelo. Cuarenta y cinco céntimos. “Exiguo gasto para tanto beneficio”, pens6 Aquilino, que ya salía con la bolsa de cuero en bandolera enfundándose el casco.

Entrega urgente. Vuelvo en seguida.

A bordo de la vespa amarilla sintió que cabalgaba un Pegaso fulgente. Se desabrochó un botón de la camisa y la brisa que generaba la velocidad le mitigó el calor del mediodía. Sentía una placentera ingravidez. La cuña de la cabeza había desaparecido. Su pensamiento bullía. Sin saber muy bien porqué, recordó la sentencia de Marcel Proust: “No hay paraíso hasta que se ha perdido”. Pensó en Beltrán.

“Ahora es cuando de verdad te das cuenta de lo que vale la vida”, le había dicho el campanero en una confidencia, aquel viernes en que había recibido la primera sesión de quimioterapia, valorando cada minuto de la existencia, poniendo en valor cada acto trivial que antes ejecutaba de forma mecánica. Tocar la campana grave de la iglesia de la Encarnación y la más liviana de la ermita de San Ginés, descorrer los visillos de la ventana y percibir la luz del alba, regar los geranios en la hora bermeja del ocaso le parecían pequeños cantos a la vida.

Era Beltrán el que con más pasión le aplaudía cuando terminaba de recitar los versos de Federico. “*La casada infiel*”, le pedía inexorablemente cada velada, de pie, batiendo palmas y mirando en derredor, asintiendo con la cabeza, entusiasmado.

En cambio, Cándido, ¿qué paraíso había conocido? ¿Fue, acaso, el último tramo de su vida el más placentero? ¿Acaso no fue el placer el que lo había llevado a la tumba? ¿O había sido, quizá, su carácter aprensivo quien acabó con sus días?

El sonso de Ruipérez había acudido a la consulta del vidente a instancias de Pasión, que mostraba una fe ciega en aquel Adonis que lo mismo te adivinaba el futuro que te preparaba una poción contra el mal de ojo. Lo contó

Cándido, demudado, un viernes en la peña flamenca, entre copa y copa de manzanilla. Voy a morir pronto, confesó, con el temblor habitual de su voz de flauta. Me echó las cartas tres veces, y siempre salía lo mismo.

Daba pena recordarlo, al Cándido. Desde el día de la visita al vidente de la mirada de tigre, todo eran achaques. De repente, había comenzado a sentir el pulso acelerado, arritmias constantes, nudos en el pecho que le impedían dormir, y, a todo esto, Pasión, que siempre lo había ninguneado por su falta de espíritu, se había tornado, de la noche a la mañana, cariñosa y atenta y comprensiva con sus aprensiones y su hipocondría. De tal suerte que le preparaba sin enojo tisanas de azahar y melisa y le daba friegas en el pecho con agua templada de rosas.

Pero él le insistía en la muerte cercana, en la reiteración de las cartas del vidente y su mirada insoportable. Pasión lo besaba, se mostraba mimosa y complaciente. Quería arrancarle de la cabeza la obsesión de la muerte, pero Cándido era un simple, siempre lo fue, así que ella le tendió la celada.

¿Tú me quieres, Cándido?, le había dicho ella en la cama, abrazándolo y besándolo en la boca, tomando una iniciativa que nunca tuvo antes de conseguir que su marido visitara al vidente.

Claro que te quiero, tonta, tú ya lo sabes.

¿Y tan seguro estás que vas a morir pronto?

Tú estabas presente. Es el destino. Aquel tío parecía el demonio en persona. Lo vi en su mirada.

¿Sabes qué, Cándido? Deberías hacerte un seguro.

¿Un seguro?

Una póliza de vida.

Al principio, él la había mirado, incrédulo. Le había estado acariciando la duna de la cadera, intuyendo que la noche acabaría con Pasión entregada entre sus brazos, como cuando eran novios. Y ahora le salía con la póliza. Pero ella le razonó.

No tenemos hijos, y tú no abandonas la idea de que vas a morir cualquier día de éstos. Dices que me quieres. ¿No crees que si firmas un seguro de vida a mi nombre te despedirás de este mundo con un acto de amor que nunca olvidaré? Además, para qué queremos los ahorros, si apenas salimos.

A Cándido le había sonado bien aquello del acto de amor último. Sonaba literario, era el tipo de frase que le gustaba escuchar a sus amigos poetas. Un legado de amor. Un gesto imperecedero. Se imaginó a Pasión en su funeral, contándole a todo el mundo, bañada en lágrimas: “Me quería tanto que me había nombrado beneficiaria de un seguro de vida, el pobre mío”. Por eso fue que había acudido a la aseguradora al día siguiente, porque Pasión se le había entregado esa noche como nunca recordaba que lo hubiese hecho, certificando con ello el amor que realmente por él sentía.

Así lo había contado Cándido aquella tarde en torno a la mesa donde estaban bebiendo los cinco. Una confesión en toda regla, sí señor. Y, al oído de este relato, Aquilino había mirado a Zenobio, y Beltrán había mirado a Asenjo, y las miradas de los cuatro se habían cruzado para converger, atónitas, en los ojos exultantes de Cándido Ruipérez, el ser más mentecato que había sobre la Tierra.

El sol quemaba en la explanada del cementerio, y la gente se resguardaba bajo los sauces y los magnolios, en la sombra vertical del mediodía. Aquilino aparcó la vespa a la entraba, junto a los setos. Luego cruzó entre el gentío y

entró en la sala número uno del tanatorio.

En la espaciosa habitación, un coro de mujeres debatía indesmayable sobre la fugacidad de la vida y los achaques del cuerpo. El zumbido de las voces le llegaba a Pasión distante y monocorde, como una música monótona. En la estancia iluminada por la luz del exterior, la llama ficticia de los candelabros resultaba mezquina en su crepitar mortecino. De vez en vez, Pasión se sorprendía respondiendo: Gracias, a la expresión de condolencia de la gente que se le acercaba y la besaba en las mejillas. El vidente la había llamado al móvil temprano, mientras se aseaba. Le había prometido que acudiría al entierro. Ella había intentado disuadirlo. Pero él se mantuvo firme. En el fondo, le gustaba aquella resolución de Sabino, pues, aunque al principio de conocerlo le había atraído su pelo rubio y ondulado, su metro ochenta y cinco y el imán de sus ojos verdes que viraban al gris en la sombra tibia del atardecer, en la bruma placentera del lecho, fue realmente su seguridad, la entereza que manifestaba en cada gesto, en cada acto nimio de su conducta, lo que terminó por rendirla. Acaso como reacción lógica ante el comportamiento apocado, la personalidad endeble del ser que le había tocado por marido.

Había conocido de su fama de adivino casualmente, esperando turno delante del puesto de la carne, cazando al azar una conversación ajena. Así que se había presentado en la consulta del vidente con el objetivo de desentrañar si alguna vez podría ser madre. Allí la había aturrido la conmoción de su mirada, el cerco tentador de su templada voz.

A partir de ahí llegaron las visitas continuadas. Una al mes. Él haciendo del doctor Freud y ella entregada

en el diván de los sueños. Hasta que cruzaron la delgada línea roja y él le dijo: Puedes llamarme Sabino.

Había un algo electrizante en su persona que la atraía poderosamente. Bajo el hechizo verde de su mirada, ella se había comprometido a llevar a Cándido a la consulta, convencida de las razones del vidente acerca del determinismo de la conducta, de la espiral inexorable de la causa y el efecto. Y allí lo estaba viendo ahora, pálido y tembloroso, cuando Sabino levantó la primera carta y apareció el as de copas invertido.

¿Eso es malo?, había preguntado Cándido. Por más respuesta, Sabino barajó las cartas de nuevo. Volvió a salir el as de copas invertido. Cándido miró al vidente y tragó saliva. Ella no dijo nada, sólo le cogió la muñeca y se la apretó.

Echémoslas de nuevo.

Sabino barajó con parsimonia una tercera vez. Ella había percibido el temblor de las rodillas de su marido. Sabino desplegó un abanico de naipes y luego levantó una carta al azar. El as de copas invertido. Se hizo un silencio insoportable. Cándido se mostró visiblemente asustado.

¿Qué significa?, preguntó su marido.

Las cartas no siempre aciertan, contestó Sabino. Quizás hoy no sea un buen día, la luna está en menguante.

Cándido insistió:

Quiero saberlo.

¿Está seguro?

Pasión posó su mano sobre la rodilla de Cándido.

Percibió su desazón en el temblor incesante.

¿Qué significa?, dijo ella al fin.

Sabino paseó la vista por Pasión y aparcó su mirada de laguna estancada en los ojos de Cándido.

Las cartas dicen que usted morirá pronto.

Y ahora él estaba ahí, bajo los gladiolos y las azaleas, los claveles y los crisantemos, las manos cruzadas sobre el pecho, quieto, reposado, sin hacer ruido, como un símbolo de su vida anodina. Había picado el anzuelo. Pobre Cándido, tan soso. Apenas cuatro horas más y sólo sería una lápida entre las miles del camposanto, un mármol sin historia, a las cinco de la tarde.

De repente, se había hecho el silencio en torno a ella. Pasión levantó la vista y siguió el pantalón azul, luego la camisa amarilla, y, finalmente, se detuvo en el rostro irritado de Aquilino, que levantaba en ese momento la solapa de la cartera con una mano y, con la otra, extraía la carta solitaria que aguardaba en el fondo, como un naufrago, a ser rescatada de las sombras.

Entrega urgente, dijo, sin más, y esperó a que Pasión sujetara la misiva. La dirección no decía mucho.

¿Quién la envía?, preguntó Petra Ruipérez, realmente interesada.

Pasión volvió el sobre. En el lugar del remitente sólo aparecía una nota lacónica escrita con mayúsculas: ABRIR DESPUÉS DEL ENTIERRO.

Pasión palideció. Tragó saliva. Miró a Aquilino. ¿Le pareció que tras sus ojos fríos y los párpados hinchados por la noche en vela latía una sonrisa de triunfo o era el

cansancio, que le estaba jugando una mala pasada? De cualquier forma, dijo: Gracias, y el cartero salió de la habitación con la conciencia del deber cumplido.

En una esquina de la explanada, a la sombra púrpura de las buganvillas, mientras Beltrán zangoloteaba en la capilla estirando los encajes del altar y cambiando de sitio los jarrones, buscando la simetría imposible de las azucenas, Asenjo departía con Zenobio. Sus semblantes ajados databan fielmente la debilidad de la carne. Hablaban de la fotocopia y del remite tentador. En éstas, el cartero cruzó delante de ellos.

¿La entregaste?

Ya está hecho.

Luego, Aquilino se dirigió hasta la vespa. Con lentos movimientos se enfundó el casco. Levantó la vista y vio a Beltrán, que lo saludaba desde la puerta de la capilla, con una mano levantada y su sonrisa perenne. La misma sonrisa que delante de la barbacoa, con las chistorras reventando sobre el fuego avivado y las avispas sobre la carne del lebrillo de barro queriendo formar parte del festín. Suspiró. Arrancó el vehículo y se dirigió a la oficina de Correos. Esta vez sintió el calor sofocante. Estaba agotado. Había sido una larga noche. Menos mal del relente en la madrugada. Habían estado todo el tiempo evocando a Cándido entre cigarro y cigarro, sus esfuerzos en la peña flamenca intentando una y otra vez los cantes livianos, cuando ya era un miembro de pleno derecho del grupo de amigos y jaleaba a los cantaores los viernes por la noche y había empezado a vociferar contra los errores arbitrales durante el partido de los sábados.

Hacía apenas veinticuatro horas de Cándido Ruipérez, ebrio de aguardiente, tan temprano, en la parcela

de Zenobio, cantando vidalitas que hablaban de amores tristes, atacado de un frenesí delirante, apremiando a Beltrán con el delantal de hule a cuadros verdiblanco delante de la barbacoa, pasándose con el picante a la orden imperiosa del sonso de Ruipérez, que ese día estaba desconocido, acaso enajenado, engullendo las costillas de cerdo con hambre pantagruélica, como si la noche pasada en el burdel de los jueves le hubiese abierto el apetito, osado y extrovertido como jamás lo conocieran.

¡El carbón, Beltrán, el carbón!

Dejando por fin el aguardiente y pasándose a la manzanilla, empeñado en martirizarse con las vidalitas, deleitándose en las historias de desamor, la copa siempre llena compitiendo en brillos con la luz cegadora del mediodía, apurando en cada sorbo la vida efímera que imaginaba, la fugaz existencia que el vidente le había augurado en maldita la hora, y así toda la mañana, exultante y patético.

¡El carbón, Beltrán, el carbón!

Deglutiendo sin masticar, como ganso de engorde, dispuesto a agotar las reservas de manzanilla de la bodega de Zenobio a poco que éste se descuidara, hasta las dieciséis treinta y dos, cuando los chorizos estallaban sobre las ascuas del infierno doméstico de Beltrán, emitiendo un bufido lúbrico, y Cándido Ruipérez se echaba las manos al corazón y emitía el sonido de la soleá que nunca tuvo redaños de acometer, cayendo rodado, como toro de lidia, sobre la grama pajiza del patio, su vientre voluminoso pugnando por emerger bajo la camisa estrecha ensopada de manzanilla y cuajada de lamparones de pringue, tal que una cría de ballena varada en el litoral del abandono, como resto del naufragio en que se había convertido su vida desde que oyó la voz de Pasión escapando por la raya

de luz amarilla de la puerta cerrada del cuarto de baño, esa voz susurrante y, sin embargo, tan nítida, ay, donde su mujer traslucía la felicidad que la embargaba. “Ya ha firmado la póliza, cariño”, oyó que decía la voz de la infamia. Luego fue la espiral de la desidia, la huida hacia delante, tratando de alejarse del as de copas invertido, mas dejándose atrapar por los cantos de sirena de la vida licenciosa. Él, tan aprensivo e hipocondríaco, tan falto de ánimo y valor para tolerar la impostura de Pasión, colaborando con Sabino y su augurio mercenario, sin saber que se había convertido, gracias a su aprensión desmesurada y su espíritu paupérrimo, y presa ya de su propia tela de araña, en el actor principal del melodrama de su destino.

En la hora malva del silencio, con los cuerpos exhaustos por la vigilia y los clarines del llanto mudos y prestos en las gargantas de las plañideras, un rumor de admiración viajó desde la puerta de la sala número uno del tanatorio hasta el fondo de la habitación. De repente, el dios Apolo había abandonado el Olimpo y se había plantado delante de las compungidas mujeres de negro que suspiraban junto al féretro, cansadas y ojerosas. Despegando la vista del suelo, sus miradas absortas quedaron ancladas en aquellos ojos verdes que habían detenido su escrutar en la figura temblorosa de Pasión, que se había levantado, indecisa, ayudada por los brazos amorosos de aquel ángel desconocido. Luego, el forastero la había abrazado. Así fundidos, permanecieron largo rato. Él, poderoso y protector, seguro de su cerco cálido. Ella, frágil y casi perdida entre los tentáculos de Adonis, dejándose abrazar con los brazos caídos, en una mano un pañuelo arrugado y, en la otra, una carta dos veces plegada. El abrazo duraba tanto, que las mujeres que observaban la escena no dudaron de que el recién llegado debía querer mucho al difunto. Por su lado, las hermanas Ruipérez se miraban, suspicaces.

Fuera, con la explanada rebosante de gentío en los ángulos de sombra, Beltrán mira a la espadaña de la capilla bajo la visera protectora de su mano derecha. Luego mira el brillo circular de su muñeca izquierda, el ángulo obtuso de las saetas fatídicas que señalan las cinco en punto de la tarde, y, entonces, prende la cuerda y comienza a tañer la campana.

Las sombras delgadas de los cipreses acarician fugazmente, como en una última despedida, el ataúd reluciente que portan sobre sus hombros, delante Aquilino y Zenobio y, detrás, Asenjo y un operario de la funeraria.

Parece que la campana se alarga esta tarde más de lo habitual. Su sonido pequeño se repite incesante. Nadie entiende el delirio del bronce que no calla. Todos miran al campanero, su sonrisa indescifrable.

En medio del arrebato de la campana loca, Beltrán guiña un ojo al paso de la cabecera que porta el féretro. Un guiño que no ha pasado desapercibido a Pasión, que estruja la carta en sus dedos crispados y luego mira de soslayo a Sabino que, apostado a la puerta de la capilla, trata de descifrar la leyenda dorada que cuelga de la corona de arrayanes que portan las hermanas Ruipérez al lado de la viuda.

“En el final”

Concha Mora Olmedo
(Madrid)

Tercer premio modalidad relato
IV Certamen de Poesía y Relato
“Poeta Guillermo Fernández Rojano”

“En el final”

Solo se oye el viento ulular entre las antiguas callejas. Tú te has ido acercando al pueblo y recorres las calles hasta llegar a la ermita de San Blas, pero a nadie se ve y nada se oye salvo el persistente viento. Un nudo te atenaza la garganta y miles de hormigas te recorren el estómago.

—Hola —gritas— ¿hay alguien?, —pero nadie responde a tu llamada. Sigues gritando pero solo el viento te contesta.

La angustia se hace cada vez más intensa. Te tiembla todo el cuerpo y te castañetean los dientes. En ese instante el reloj de la vieja torre de la iglesia de San Sebastián y San Fabián da las cinco de la tarde. Y hacia el origen de ese sonido esperanzador diriges tus pasos. Llegas hasta la puerta de la iglesia y vuelves a gritar: *¿Quién hay?*, pero de nuevo solo el viento responde a tu llamada.

Recuerdas la última vez que habías visto esa iglesia. Había sido una mañana. La claridad te había dejado ver la hora en el reloj de la achatada torre del ayuntamiento y, mientras se desperezaba la mañana, las ramas sobre tu cabeza se habían ido cubriendo de voces, que parecían más los gritos de un montón de niños en el patio de un colegio que el suave trinar de los pájaros. ¡Cómo chillaban a la noche!, parecía que con sus gritos tiraban del manto negro y espeso y clamaban que el sol saliera. Al otro extremo de la plaza se oía un grueso sonido, se abrió una reja y tú, sentado contra la tapia de la iglesia, veías como el cielo se iba volviendo a cada momento más y más claro. En estas horas la noche, que se resiste a

marchar, te deja sentir su último y húmedo escalofrío y una cierta congoja te oprime la garganta.

En ese momento se oyó un ronco sonido que te sacó de tu ensimismamiento y el correo de las 7 de la mañana salió del hangar. Te habías olvidado de que la maleta estaba a tus pies y de que ese día te marchabas. Quizás no se había olvidado del todo y todas esas sensaciones, tan familiares, te habían parecido como nuevas, tal vez porque sabías que durante demasiado tiempo no volverías a sentir las.

El autobús se colocó delante de la puerta de la posada y tú te levantaste y cogiste la maleta y subiste lentamente las escaleras con un punzante dolor en el corazón. Miraste un último instante hacia el ayuntamiento y viste el tablado levantado ante la fachada y evocaste tus primeros juegos y aquellos agujeros de la madera que creías ventanas a algún secreto y la luz que se filtraba desde arriba cuando estabas debajo, aquel polvo de estrellas —recuerdas que lo llamabas polvo de estrellas y realmente no sabías que el sol era una estrella—.

Pagaste tu billete y te sentaste. Lo mejor sería que cerrases los ojos e intentaras dormir un rato. En realidad hoy en día, en el imperio de las comunicaciones, nada se queda lejano ni extraño, salvo los recuerdos —pensaste— ese dolor no es tanto por alejarme del lugar, como por alejarme del tiempo, porque cada segundo me aleja más y más de mí mismo, de lo más noble de mí. Será mejor que duerma. El autobús arrancó y un breve suspiro te introdujo en el sueño.

Entras en la recoleta iglesia, al fondo de la nave central resplandece el dorado altar barroco. En un lateral se abre una pequeña puerta que deduces conduce a la torre, pero está cerrada con llave. Habías pensado subir y otear

desde allí el horizonte por ver si descubrías alguna carretera transitada por algún coche. Recorres con tus ojos la iglesia y cerca del altar descubres otra puerta y ves que esta está abierta. Piensas en entrar en lo que supones es la sacristía y quizás en algún cajón encontrarías la llave de la torre. Así lo haces y en un corroído cajón encuentras un manojito de llaves, seguro que alguna abre la puerta de la torre. Diriges tus pasos hacia la pequeña puerta y estás un buen rato probando con las llaves hasta que das con la que corre la cerradura. Al abrir la puerta te encuentras con una estrecha escalera de caracol y dificultosamente asciendes por ella. Llegas hasta el piso superior, donde está la campana, y desde allí puedes mirar hacia el horizonte. Pero, vana esperanza, por la lejana carretera no transita ningún vehículo. Todo en vano, es evidente que estás solo. Nadie.

Miras hacia la cima del monte y casi, casi alcanzándola ves una figura extraña; es como una sombra, en su cabeza un gorro, en sus hombros un largo abrigo y en sus manos un paraguas. Es como un espectro, toda oscuridad y muerte. Pero si miras de nuevo y te acercas por el camino que lleva a la montaña y si vuelves a mirar de nuevo, verás que su cara es nacarada y sus mejillas son blandas como las de un niño y sus ojos te interrogan y te reclaman.

Recuerdas que hubo un tiempo en que todo era distinto, creías en el hombre y en lo que la vida tenía de poesía. Hubo un tiempo en que la vida te parecía dulce y que su transitar era tranquilo. Hubo un tiempo en el que todo se hacía de pequeños trozos de azúcar y en que la vida parecía envuelta en gasa o en una pompa de jabón. Sabes que hubo un tiempo feliz, lejano, muy lejano, pero feliz. Sabes que existió, pero tu mente no recuerda cuando fue.

Hubo otro tiempo en el que el paseo en el que habías jugado te pareció húmedo y el otoño triste, muy triste, pero te gustaba. Hubo un tiempo muy lejano en el que cada canción hacía temblar tu corazón de tristeza contenida, pero te hacía cosquillas. Sabes que hubo un tiempo de tristezas y alegrías combinadas, de sabor agrí dulce en cada rama, de poesía a raudales en tu mente que en papel eran solo letras falsas, sabes que existió ese momento pero no recuerdas bien ni su cadencia.

Sabes que llegó un día en que no podías recordar ya muchas cosas, en que había desaparecido todo lo bello de tu vida. Sabes que llegó un día en que cada flor que había alimentado tu poesía se convirtió en figura de colección en un herbario, en que cada piedrecilla de ese río pasó a ser un trozo de memoria. Sabes que llegó de la mano del olvido un momento en que todo parecía gris, en que todo que con amor guardabas fue dejando sitio a lo novísimo.

Bajas de la torre con esos pensamientos rondando la cabeza y vuelves a pasear por las callejuelas. El pueblo no es muy grande, apenas un centenar de casas contando la escuela, la iglesia y el ayuntamiento. En aquel lugar las mañanas eran realmente lúcidas y una claridad diáfana lo envolvía todo. En aquellos días todo era azul; los objetos reflejaban un brillo amable aureolados de una lucidez propia de aquellos días. Las tardes eran de un amarillo intenso para ir tomando una tonalidad verde pálido que alegraba la vista. Hacia la caída de la tarde el verde volvía azul por un instante hasta convertirse en rojo, naranja, rosa o gris según los días, y finalmente azul oscuro durante la noche.

De pronto te das cuenta que hace muchas horas que no has bebido y te sientes sediento. Recuerdas que a la

salida del pueblo hay un manantial, la fuente del Castañar, y a él te diriges. Caminante solitario de la senda miras al cielo queriendo buscar algo en las alturas. El viento fuerte ulula entre las ramas desnudas de los árboles. Sigues solitario marcando las huellas en la senda, seguido tan solo por el viento, compañero desde hace tanto tiempo...

Arrecia el viento en un instante y parece que quiere entre sus brazos retenerte, caminante solitario de la senda. Pero de nuevo te sueltas y te sigue, siempre pegado a tus espaldas, sosteniéndote.

—Compañero —dices— ¿queda mucho por andar este camino?

—Caminante solitario de la senda —responde el viento,— sigue adelante que yo te sigo.

Y el viento se marcha algunas veces entre las ramas de los árboles desnudos y salta de uno a otro hasta que se aleja por el fondo del horizonte. Otras veces vuelve desgastado de sus largos viajes más allá del horizonte.

—Compañero —gritas— has vuelto —y el viento te cuenta historias de los países más allá del horizonte.

—Pero compañero —dices— ¿Cuándo podré salir de este camino?

Pero el viento calla y se va discretamente sabiendo que nunca podrás alcanzar el horizonte.

El manantial cristalino y brillante, dulce y sosegador traspassa de luces el cielo hasta los ojos. Abundosa la tierra en torno, plena de fecunda fantasía, hasta tu frente llega en un rugido salvaje y dulzón.

Agotado por el calor del día, que luce en la inmensidad de un sol brillante, te acercas al manantial del reposo dulce. Ampararte a la sombra de un frondoso, deseas, atado a una roca por la soga. Agotado, tras beber, te tumbas junto a la fuente. Tan cansado estás que al silenciar ni siquiera escuchas el rugido. Embebido en el fondo del cielo, en el día, en el sol brillante que aleja de tus ojos la niebla. Eternamente latente esperes y ojalá que no sea vanamente y en sus brazos te duermas dulcemente, arrullado por los pasos tan amados que se acercan a besar tu tibia frente. Amparado te duermas con la luna, arrullado por la cristalina fuente. La mano blanca de las caricias se posa sobre tu frente. Fría, fría la he sentido, fría como la noche, fría como un acero, fría como es ahora el cielo; escalofriante como es siempre la muerte.

Las montañas se levantaban altas y siniestras sobre el sombrío valle de verdosas riberas. La luna estaba alta y se reflejaba purpúrea sobre las honduras de las aguas bellas. En la noche nada rasgaba el murmullo de las hojas o el aullido de alguna lechuza. La quieta calma del arroyo no rompía el silencio. En el frío paisaje de una noche de invierno solo una figura espectral aparecía. Por entre la espesura de los árboles se aparecía, se escondía y volvía a aparecer quedamente, mientras se iba aproximando al arroyo cerca del que tu yacías. Sus rasgos apenas se distinguían, protegidos por las tristes sombras; lo único que destacaba de la lánguida figura era su blanca y vaporosa vestidura, sobre la que se reflejaba la fría luna de invierno.

Un alarido se oyó de plata y de sangre, rompiendo el frío silencio de luna nevada. La figura blanca se paró, levantó la cabeza y pareció escuchar. De nuevo se oyó el lacerante alarido y la figura blanca corrió hacia el arroyo; se encogió hacia la sedosidad de la verde hierba y metió su

cabeza en la fría obscuridad del agua. Le parecía que una gélida mano le aferraba desde lo profundo. El agua helada le rozaba la cara como si fueran largos y delgados dedos. Su roce le despertaba de un eterno y dulce letargo. Sacó la cabeza del cristalino arroyo y se irguió sobre el oscuro paisaje. Levantó de nuevo la cabeza hacia el aire y aspiró el fuerte aroma de la noche. Llevaba tanto tiempo en su dulce sueño que todos los sentidos se le despertaban de golpe. Se sentó sobre la hierba y rompió a llorar. A su pensamiento habían acudido todos los recuerdos de lo que parecía otra vida: vio a un alto y fornido joven de dorados cabellos; vio a su madre en la edad en que la había parido; vio a su padre en la edad en la que ella tenía cinco años. ¡Cuán lejos le parecían aquellos seres que sin embargo, estaban enredados en su alma!

El frío le había cubierto los huesos de escarcha así es que se levantó de la húmeda hierba en la que había estado sentada y emprendió de nuevo su camino adentrándose en el bosque de robles y castaños. Se oyó entonces de nuevo el lacónico alarido y la figura blanca se volvió a estremecer. Ese alarido la perseguía desde entonces y por mucho que se alejase siempre parecía estar a su espalda.

La noche devenía más densa e impenetrable pues unas nubes cubrían ahora la luna. Empezó a llover y las gotas resbalaban juguetonas por las hojas de los esbeltos árboles y formaban ondas en las aguas del arroyo. Entonces se escuchó nuevamente el alarido y esta vez se repitió casi hasta el infinito. No podía escapar, siempre la perseguía de forma insidiosa, desde aquella vez. Desde que todo su mundo se había derrumbado. Desde aquella noche de plateado invierno en que había perdido todas sus ramas, sus hojas, sus raíces. Desde aquel día de sangre en que toda su vida pasó a ser recuerdo.

Ahora ningún ser pensante había en su horizonte: este se había reducido al alarido de sangre que la atormentaba, que hacía de sus noches días negros y de sus días noches, de sus sueños pensamientos y de sus pensamientos sueños.

Amanece; de un resplandor de plata se van colmando las copas de los árboles, los troncos, la hierba, los cristales. Amanece lentamente de forma serena y silenciosa. Lo primero que has visto cuando el sueño se alejó de tus párpados fue tu propia imagen reflejada en las aguas. Pero aún antes de que abrieras los ojos habías sentido el olor fuerte y penetrante de esta mañana. Aún la noche no se ha alejado completamente y algunas sombras acechantes se ciernen sobre tu cabeza al llegar el alba.

Fuertes latidos sientes en tus sienes, como dos víboras mordientes y venenosas que no te han abandonado durante el sueño. Te resulta insoportable la idea de acercarte al arroyo, pero no obstante te atrae de forma misteriosa hacia su vacío inquietante. Con un fuerte movimiento has rechazado la idea y te has vuelto hacia la hierba. Desde lo más hondo de ti llega el llanto hasta los ojos y como un niño rompes a llorar, surjo entonces de entre tus sueños y cojo entre mis manos tu cabeza. Te beso en la frente, en la cara, en la boca y en las manos. Te quedas dormido nuevamente y en tus sueños me transformo de fantasma en una mujer de plata y llama. Ahora que de nuevo me sueñas y me amas te lo puedo decir con palabras silenciosas. Solo siento que de nuevo llegará el alba y dejaré de existir y quién sabe en qué momento dejaré de existir ya eternamente cuando ya no me sueñes tú.

"Madres y Abuelas, años 50"

María del Pilar Geraldo Denia
(Albacete)

Primer premio modalidad poesía
IV Certamen de Poesía y Relato
"Poeta Guillermo Fernández Rojano"

"Madres y Abuelas, años 50"

*Acaso nuestra vida sólo sea
un irse deshaciéndose despacio, muy despacio...*

ANTONIO COLINAS

Se rompe el alba con sabor a humo
de aquellas chimeneas
que guardan el rescoldo del sagato de ayer,
y un lejano paisaje vence el reto
que nos cuenta la historia, ya ceniza.

El azul blanquecino de la niebla
se empapa de belleza
aletargando la mañana.
Escucho el despertar de pájaros
que cantan el sentir de aquellos días
y vuelvo a nuestra casa.

Su vieja puerta, rota y deslucida
escondía el olvido.
Todo dormía.
Olía a dolor la madera.
Hoy es otra la puerta.
Sin mampara,
sin cantarera en el portal,
sin sillón del abuelo detrás de los cristales.
Y ante ella,
sin más arma que mi palabra,
interpelo a ese tiempo
que viví siendo niña.

Y despedirnos para ir a la escuela
con un cachete cariñoso,
quitándonos relejes
o enjugando las lágrimas
con la punta del delantal;
o peinarnos el pelo,
a veces habitado
por nuevos inquilinos
rebeldes al vinagre,
con sus dedos besados de saliva.

Al declinar la tarde,
se sentaban
en un rincón del patio
a repasar la ropa
o a hilar la lana devanando anhelos.
Con cinco agujas
danzando entre sus dedos,
calentaban los pies
escarchados de frío.
O sólo con un par,
tejían punto a punto
bufandas y jerséis para el invierno.

En los porches
aún siguen tejiendo las mujeres
y contando los cuentos
y cantos aprendidos.
emendando los rotos de la vida
y tantas otras penas
atrapadas en el trajín diario.
Zurciendo la esperanza
liada con los hilos y botones
en una caja de hojalata
que contuvo cacao

o carne de membrillo.

Con la radio encendida,
la puerta y la ventana abierta,
las escuchábamos cantar coplillas
faenando en los corrales.

“Querida Elena Francis...”
daba pie a cotilleos de vecinas
recociendo las habas de otras casas,
en tanto que, en la cocinilla,
preparaban de cena
collejas “salcochás” en un ajicomino.
Antes de ir a dormir,
devotamente,
se rezaba en familia
el rosario aprendido
del Padre Peyton.

Y en el sigilo de la noche había
quien escuchaba Radio Pirenaica
con el volumen bajo
y con la oreja puesta
por no alertar a los vecinos.

"Canas en el corazón"

Laura Estébane Palmero
El Ejido (Almería)

Segundo premio modalidad poesía
IV Certamen de Poesía y Relato
"Poeta Guillermo Fernández Rojano"

"Canas en el corazón" de Laura

ERAS PASAD(O)AS

Siento como si estuviera limpiando
los vestigios de un volcán
a través de embestidas en tu piel.

Como cuando los gatos se restriegan,
dejando sus feromonas,
poseyendo,
marcando,
atrapando a quien tocan.

Me esfuerzo por ser:
más mujer,
más letal,
más eroticidad,
más feroz,
tratando de borrar
las huellas de su pasado,
el olor impregnado en su sofá,
el que fue su hueco en el armario,
donde ahora reposan mis tacones.

Ese papel,
en la pared principal,
que no me podría gustar
(aunque me gustara)
porque sabemos de quién es seña de identidad.

Ese jarrón,
en aquel rincón.
Esa vela,

que se derritió
entre confesiones
alguna noche.
El color de las sábanas,
donde seguimos siendo tres,
a pesar de su paso por la lavadora
y otras mil noches de sexo.

LA FOTO METÁFORA

Como cada San José
recupero nuestra foto,

La foto metáfora.

En la que él,
hace como que me “come” o “muerde” la cabeza,
mientras a mí se me achinan los ojos de la felicidad.

Porque la realidad es que él,
lo único que hace, hizo y hará,
sin jugar a predicciones, pero apostando a lo seguro,
es abrir mi mente;
con sus silencios,
que no juzgan, sino liberan,

con sus palabras,
que alientan, no alinean y no limitan,

con sus besos,
tímidos pero sinceros,

con su presencia,
en cada ausencia,

SIEMPRE.

MI DOLOR

Para olvidar ciertos dolores,
hay que aprender a tejer las horas,
a coser bien las esquinas,
que no queden agujeros
por los que pueda supurar la herida,
hasta que sane.

Para aliviar ciertos dolores,
no vale,
tu medicina.

PENITENCIA

Esa, será tu penitencia.

Me buscarás entre otras tantas.

Vas a buscar mi verdad en otros ojos,
y mi olor a sal y arena;
y a sol y a verano.

Intentarás buscar mis consejos en otras palabras,
que no van a reconfortarte igual

Vas a abrazar mi recuerdo entre las sombras
y a simular una felicidad que no llega.

Vas a sentir que estás incompleto,
aún cuando llegues al final de tu meta,
cuando consigas todos tus logros.

Vas a querer contarme algo bueno que te pasó en el día.
Vas a querer mi consuelo en los días raros.
Y me vas a echar de menos.

Y yo ya te echo de más.

CURVAS DE MUJER

Eres esa que descubres,
cuando te das cuenta
de que eres tus curvas,
esas por las que solo algunos
se atreven a derrapar,
bajo tu atenta mirada.

Cada una de tus estrías,
que han marcado el paso de los vaivenes emocionales
comprendidos entre tu juventud y tu madurez.

Y cada una de tus arrugas,
que le cuentan al mundo
en qué dirección se arquea
la comisura de tu boca,
cómo arrugas la nariz,
y cómo juega tu frente
los partidos ante los enfados.

Eres cada sueño
que te atreviste a vivir,
y cada anhelo
oculto detrás de tus ojos.

Cada sonrisa que regalas,
sobre todo cuando tu corazón sangra.

Y cada palabra amable,
más si quien la recibe
no la merece.

Eres cada una de las veces
que te levantas sin ganas
y te pintas los labios color
me voy a comer el mundo.

Y cada una de esas veces en las que,
finalmente, no te comes el mundo,
pero no te hundes con la derrota.

Cada vez que encaras la vida
y la celebras.

Cada vez que coges en brazos
el dolor ajeno
y lo acunas en tu pecho.

AUSENCIA

Ahora huelo tu jersey,
lo olfateo como un perro,
percibo tu olor,
a ese perfume que yo misma elegí para ti,
y que ahora
se grabará en otras pieles.

Olisqueo cada hilo,
imaginando que aún te abraza,
que yo te abrazo con él.

Y me abandono al sueño contigo,
sin ti.

ELENA

El abrigo de todos,
el aliento,
la dulzura,
el abrazo
y el beso en la frente.

Todas las eses juntas del diccionario español.
Porque ella es valenciana, pa' siempre.

Y así aprendimos todos
que la libélula es parotet,
o paroteta si tiene teta
y hay que agarrarla del culet.

Es la manera sublime de envejecer,
rejuveneciendo en talante,
aunque pese alguna arruga.

Es la definición perfecta
de la palabra perfección,
valga la redundancia.

Es el ejemplo de todos
y cada uno de nosotros,
que esperamos seguir su estela,
y asemejarnos un poco, siquiera, a su sombra.

Es ella y es él,
el abuelito,
en un solo cuerpo,
una sola esencia,
porque todos sabemos
que cuando él se marchó,
ella le echó de menos en silencio

y nos procuró su recuerdo
en cada esquina,
en cada sonrisa,
para que nos acompañara,
para que no lo olvidáramos nunca.
(como si pudiéramos)

Y así, gesto a gesto
siempre en la sombra,
vigía de nuestros pasos
desde la más cautelosa prudencia,
se va haciendo más grande;
su sombra,
su porte,
su entrega,
su elegancia,
la inmensidad de su ser
y mi suerte, nuestra suerte, de tenerla.

A TI MUJER

Mujer con alma de girasol
que busca luz tras la oscuridad,
que se apena cada tarde
con el bello arrebol
que sucede al día.

A ti mujer,
mujer de tallo fuerte,
que se esconde cada noche
con la llegada de las sombras
y la penumbra de los sueños.

A ti que eres como la más bella flor
que no sabe de su valor

y por ello,
habita entre los miedos.

¡Despierta! Vístete de ti,
píntate las hojas color amarillo
y encandila con tu fuerza
a quien te diga:

Que no puedes,
Que no hagas,
Que no digas.

Porque tú eres poder,
que corre por tus venas,
de la sangre de tu madre,
y la de tu abuela.

Eres la vida,
de la que descienes
y la que creas,
y la que ahora,
recorre ávida tu inhóspito cuerpo.
¡Despierta!

ELENA

Que a ella se le olvide mi nombre,
será duro
y ese hecho no hará más que perpetuar
esa sensación de perfume que se está evaporando
de aire condensado
escapando por una ventana medio abierta
al infinito desconocido
al abismo de la memoria
al amasijo de recuerdos

que pierden la forma
se desdibujan entre los minutos que corren,
dejando cuadros inspirados en Sorolla,
caracolas recogidas tras ponientes
en la orilla de esa casa,
que es el frasco donde se encierra toda una vida.

Donde aprendí a montar en bici,

fui arquitecta de castillos,
derramé sangre tras alguna herida,
miré las estrellas más bonitas
y escuché las mismas historias, una y otra vez.

HUELLAS

Porque volver atrás
no es una opción.

Pisar tus huellas,
del revés,
desdibujando los recuerdos,
adornándolos,
hasta añorarlos.

Forzar la calma,
evitando tempestades,
callando los gritos que no quise dar
pero tampoco supe recibir.

Y me alegro;
de exigir,
de dar,
de esperar sentir,
lo que nunca fue,

o tal vez sí,
amor.

LO QUE PUDO SER

Balancearnos en la idea
de lo que pudo haber sido,
sacudirnos en el tiempo,
traicionero,
escapista.

Hallarnos en otros cuerpos,
en otras vidas.

Tocarte con otras manos,
en la inmensidad de otros mares,
con la tempestad más acuciante.

Retorcernos en la angosta costura del tiempo,
en la arruga de la vida,
en la cana temprana,
en el enfado sempiterno.

Volver a mirar y no ver(te)
nada.

SU TODO

Su alma, desnuda,
se despliega ante mi
como un mar en calma,
pidiendo a gritos callados,
sin palabras,
que me una a ella.

Su voz, serena,
me pide sin pronunciarse
que desate las verdades que en mi se resguardan,
me pide que arranque la noria,
que empiece el juego del tiempo,
y que no se detenga.

Sus manos,
lejos pero cercanas,
rozan sin tocar mi rostro,
en la distancia.

Sus ojos ...
de sus ojos emanan verdades cristalinas,
como el color de su iris.

Su corazón ... un misterio no resuelto.

LO QUE LA MÚSICA A LA VIDA

Que la música son recuerdos
y los recuerdos te roban, a veces,
canciones que eran tuyas,
pero que un día,
decidiste compartir.
Que esta puede
jugársela a las emociones
con el salto mortal de un estribillo,
que se precipita, sin más,
sin esperarlo,
por el acantilado de la memoria,
al encender la radio.
Pero es también la tabla de salvación
de los días grises,
de las profundas catarsis

cuando todos duermen,
cuando la sal escuece,
al recorrer las mejillas.

GIRASOLES

Somos girasoles
buscando la luz,
buscando el amor
de alguien que nos alimente
un halo,
que nos extirpe de la oscuridad.

Y giramos alrededor de su órbita.
Nos apagamos si se aleja.
Nos dejamos morir a su sombra.

Somos lo que un día juramos no querer ser,
pero a lo que la sociedad (y la zona de confort)
nos empuja.

De repente nos tiñe la nieve el cabello,
se nos arrugan la piel y los años ...
y un buen día nos encontramos ante el espejo,
confundidos, preguntándonos;

¿dónde perdimos el norte?

¿cuándo olvidamos que la muerte era el final,
y que la vida fue el ayer?

EN CONTRA

¿Cómo,
cuéntame,
podemos mirar a otro lado?

¿Cuándo,
la sangre en la cara de un hombre,
dejó de impactar?

¿En qué momento,
la injusticia,
fue inherente a la sociedad?

Una extremidad que todo lo abarca,
que todo lo asfixia.

¿Dónde,
explícame,
estamos aquellos que queremos gritar,
aunque nos sigan callando?

¿Por qué
esas manos
hechas de barro y sudor,
sudor y barro,
trabajo y sudor,
y seguir sudando,
no se alzan?

Cuando hay quien oprime,
quien mata,
quien susurra a quien ejecuta
en la putrefacta lobreguez
con bocas de acero.

ES QUIEN ...

Quien conoce tu punto fuerte,
tu punto débil,
tu punto G.

Quien lame tus heridas,
tu lengua,
tu cuerpo,
tus ganas.

Quien se alimenta de tu risa
y acompaña tu llanto
y lo amortigua.

Quien suma tus logros,
los celebra,
los abraza.

Quien acuna tus fracasos
y los mitiga en su costado,
acariciando tu pelo,
evitando nudos en el alma.

ERES LUGAR

Aquel lugar,
donde los minutos no escapan,
se diluyen.

Donde simples palabras
apagan mis temores más profundos,
aquellos que se recogen en el alma
y se regocijan de angustia
sin querer salir;

salen cuando en ese lugar,
estamos tu y yo a solas.

El café fluye,
como fluyen las horas.

Reír a dúo es tan natural
como llorar a solas.

Donde los horizontes disuelven su bruma,
se aclaran los caminos.

Y entre tu arrullo y tu beso,
mis lagrimas encuentran final,
se apagan, se transforman.

AUSENCIA

Tu ausencia,
tu ausencia tiene forma
y color exacto,
tacto,
tiene nombre,
perfume
y por tanto volumen,
un volumen que abarca mi existencia,
llena mi alma,
impide mi vida.

Es como mirar y no ver,
oír y no escuchar,
dar un beso, pero no besar,
tocar no acariciar,
oler y no sentir,
el aire penetrando tus entrañas.

El amor me vuelve a descomponer.

Mi cama se vuelve fría
y las sábanas ya no me abrazan,
se desprenden de mi,
la almohada no me acoge.

EL TIEMPO

El tiempo... ¿qué es el tiempo?
Una nueva arruga,
un nuevo dolor,
una nueva brisa,
una nueva canción.

Una nueva escena
de la película de nuestra vida,
un nuevo acto
de nuestro particular teatro
un sonido nuevo,
o un nuevo color.

Canas en los labios,
canas en el corazón,
ver el sol de otra manera,
ver la lluvia con distracción.

Ver pasar la vida y sentir
que se nos escapa,
ver un niño y recordarte
aunque no se te asemeje,
ver la sombra de un anciano
y sentirte en la vejez prematura,
ver un bebé
y sentir tu infancia.
Sentir los latidos y contar

cuantos quedan,
no cuantos ya se han sucedido.

Es aliento y desaliento,
es la saliva de haber soñado sobre la almohada,
es un desierto con las arenas contadas.

Marcha, rutina, o llegada,
una despedida,
una mirada.

Es una sombra o una luz pasada.

Lo que dure el amor,
enamorarse,
o sentirse enamorada.

Es llorar,
frustrarte,
caerte,
tropezarte,
volver a levantarte,
volver a caer
y resurgir
todo en un instante.

Lo que dices y lo que callas,
lo que piensas y no hablas,
lo que muestras, lo que no,
lo que dejas ver y lo que solo insinúas.

Es el transcurrir,
es vida,
por eso es esta quien nos lo da
y quien nos la quita.

"A propósito de vísceras y entredichos"

Héctor José Rodríguez Riverol
Breña Baja,
(La Palma, Santa Cruz de Tenerife)

Tercer premio modalidad poesía
IV Certamen de Poesía y Relato
"Poeta Guillermo Fernández Rojano"

"A propósito de vísceras y entredichos"

*Traigo en mi escarcela pequeñas historias,
versos de difunta náusea.*

*Traigo en mis soñeras un alijo
de miserias furtivas.*

SIN APETITO

Me resultaría sorprendente
si
no
supiese
cuál es el baile
y qué abeja la que farfulla.
Pero desencaja mis facciones la fugacidad
cuando me muestra los desencantos.

Y resulta absurdo sonreír
a la bota
con sabor a patada
que desayuno
sin
apetito.

VISITA

Si mañana
tengo que mandarlo todo
adonde las heces se alborozan,
no creo que se remuevan muchas tripas.
Y hablando de tripas...

las mías fueron regurgitadas.
Ahora están esparcidas por el suelo.

A este paso no se las comerán
ni los gatos callejeros que visitan mi ventana.

Allí permanecen,
para ver cómo revolotean las moscas verdes
al rededor del pus que segregan las miserias.

Ellas,
pobres moscas verdes,
son las únicas que me visitan.

LA CLAVE

Desclavé a la momia de una tumba.
Enderezarla para el reciclaje es otra odisea.
Se suman sedimentos sobre los ojos,
empobrecen perspectiva y motivación,
son muñones y pellejo,
calaveras llenas de haraposas sanguijuelas,
armazones que difieren y difieren
los quehaceres de cualquier mortal.

¡Ahí está la clave!
«Mortal»,
ergo muero...

Y mientras muero,
fallecen también las células y neuronas
obligadas a realizar pifias
que me hacen sentir la ambigüedad
de que estoy muriendo.

CARRUAJE

Ahora
los claros duermen
en la sombra de una encina,
la propiedad del rosario se ahoga en mis suburbios.

Ahora se entrecortan las fiebres,
desplazan cualquier macizo,
diseminan fulgores con el calzado a medio atar
y un botín en las faltriqueras.
Ahora sólo quiero emborracharme de autismo
mientras aguardo,
me desquicio
y reverbero
hasta que vengas a por mis restos
en tu carruaje funerario.

FIGURAS

Aquella mujer miraba
como si los días fuesen mares revueltos,
el suceder onírico pasaje
y en él buscarse incruento sentido.

En su retina cosida
la extensa, árida y fría Antártida. Doy fe.
Sus huellas figuras infinitas
(parecieran líneas de Nazca)
y su ciclo la Fuente magna de un bucle
que absorbía todo tiempo y espíritu.
ué antojo entre omnipotencias?
¿Qué pieza del atrezo teatral?
¡Qué diantres!
¿Qué guión confabulado

para que acabase junto a este adefesio?
En su retina continúa
la extensa, árida y fría Antártida
buscando algún sentido

CRINES

Hacen reverencias y maldicen sus espaldas,
desangran sus rodillas y lenguas
—llenas de sal—
mientras lunáticos,
 filósofos
 y poetas
 muerden el anzuelo del atrevimiento,
 incorporando crines ajenas al galope de sus
 brechas.

«¡No me veréis postrado!».
—Afirma quien postrado ha nacido.

BALIDO

Con el marco que discurre
tuviste la suerte de tropezar con un idiota
(hay quienes aseguran que el mundo está lleno),
de moldear a un ángel amorfo
que escucha misa con las rizas gachas
y solo abre el bozal
para limpiar el balido cuando el tajo lo ablaciona.

Cambias derecho y envés,
azules por grises,
engranajes a fuego infectos
con tal de señalar

humareda
culpable.

NO MÁS DE LAS TRES

No más de las tres
y es un laberinto conciliar la barahúnda de trompetas
que me obsequia latigazos de memoria.

No más de las tres,
el gallo infértil no detiene su canto nocherniego
y unos tacones descompasados tejen los escalones.
¿Llamarán a mis cuervos?
No más de las tres,
las gatas en celo pregonan su serenata,
el panadero de enfrente regurgita sus labores
en el horno que le roba el sueño,
los jóvenes se beben los excesos de la madrugada
entre aceras, nublado futuro y algún pútrido portal;
el runrún de la T.V. en el edén de arriba me carcome,
no fragua el continuo y delirante golpe del reloj de
pared,
el deseo somnoliento se arrima a las ganas en crudo,
releer aquellos cañonazos a los que nunca contestaré
y podría, pero quizás no quiera.
¿Y quisiera, pero tal vez no deba?
Esta incontinencia que provoca
el inacabable goteo por el grifo del ensueño,
rehogar las mismas tonterías seiscientas veces,
denigrar la dignidad cogida por el mango
y ponerla luego en un altar de apósitos,
estar seguro de mis dudas;
y dudar es una intrusa, eso seguro.

No más de las tres,
ya no pace las horas por las calles el sereno,
y tu recuerdo pinta mis paredes encefálicas
con el roído color del insomnio.

TECHUMBRE DE PAJA

*Todo está debidamente definido, se predispone en una
exquisita balanza moral, un perfecto equilibrio
de bienestar emocional y felicidad infinita...*

Arriban los vestigios de la marea
y sonrían a cachos
al verse goteras en la techumbre de paja.
Rasuran carajillo al trapo, otros y cinco más,
cuando descubren que sus alas son postizas.

Amar es nombre de océano interrumpido
en algún lejano y sombrío horizonte,
es tráfico de jornada y prisa,
de caricia y bronca,
de *tequieros* y deuda en gráfica de oleajes.

Se le caen de la solapa los galardones
al sexagenario de faja ceñida
y artificiosa quijada,
de crencha y casposa alopecia,
de voluntad cuasi hercúlea
sostenida por *Valiums* y *Prozacs*.

Mendigar no es permisible en un mundo XL.
Si nacimos muertos, ¿por qué huimos del velatorio?

¡Maldito astro!
Primer eslabón de inexactitud
y rebeldía de órdago en balacera caníbal.

ENSUEÑOS

Allí estaba la obra inacabada,
girando la copa sobre sí misma,
haciendo honor
al ensueño de musas pasajeras.

Sonaban las raíces vitales de un blues añejo,
cuando entró una lucerna
sibilina
con el temblor
de la garganta y su séquito
de lustrosa armadura.

Tomaba su espacio a la altura del misterio,
no muy lejos del lugar donde fulguran las túnicas
de los dioses excedidos.

Y tan dichosa se ameritaba su estela
que medio siglo
no sabría imaginarse
entre sus turbulencias de nuevo milenio.

TITIRITERO

Derrama sobre mis escápuas
toda bilis y escama que lleva y trae la bruma,
los cepos de podredumbre.
Los fiscornos abren zanjas con sus levas
en las minas de olivino que cerré hace milenios.

Desoye noticias y auxilios,
que tu bandada córvida
anide en mis cuencas oliváceas para devorarlas;
vulnera las emociones que implosionan
en el gesto manso de voluntad amatoria,
vagamente sostenida
por tres cuerdas ruinosas,
dos maderos cruzados
y el tembloroso pulso de un anciano.

AZARES

Suspiras
y
se
silencia
la depredación de mis graznidos.

Un ramaje
rodea
la enfermedad del almendro
en onírico trovar tu abrazo.
La malva entelequia
y su arbusto rastrero,
¿por qué tanto sueñan que son hombres
si no beben condición
de deshilar el entramado cosmogónico
que cuelga de tus azares?

APAGAR LA CANCELA

Antagónicos hasta el hervidero
en aspas de termitas,
calando estertores se sacian,
de arrugas
en palpo de molino
y cableado lleno de ausencias,
precisando acercar la triste cuchara,
de lugares que ocupan saberes
cuando el tiempo
es solo lo justo para despedirse,
cuando apagar la cancela
se aguarda como el mejor de los favores.

REZONGAR

Cómo, pregunto,
cuándo
y a quién
si desconozco
el por qué de su mezclanza.

¿Dónde las perlas del pañuelo,
el claror de cualquiera de los santos
o el rezongar de las pupas, quizás mariposas?

Todas habitan
el hado gris
de sus bolsillos.

MANIDA SEMBLANZA

No desmiente,
lo ilustra en la chistera, expectante,
como ebrio de barra
que en estrellada cúpula
muerde la bala de un revolver de ruleta.

La rectitud es un mal chiste
y la moraleja tránsito ajeno,
mientras
la manida semblanza
de la relatividad
sustenta el triunfo.

NOTAS

Queda
histeria donde esputar el mal sueño,
limar agrieras
en los socavones de otro desamor,
eludir al cicerón
que en las ojeras del canto de un gallo
se muerde los torzales,
pervertir a las faldas en vilo
para que aprendan a sintonizar las suturas
por un vergel de retozos sembrado,
acaramelar al despertador
y que su tronido metálico penetre en la dermis
con la picaresca de un beso atrevido,
transformar en humo
a la bola de sugestión que cargas
en el estómago de la oficina
y la herrumbre

que de allí
te llevas
sobre los hombros.

LITTLE BOY

Dame un motivo
para no desvanecer mis comisuras.
Derrama huestes florecidas
que sepan a tierra elemental.

Correr desnudos sea
para soñar que cada radio
de la llanta escupida finja pronunciar
con ternura mi nombre
cuando me abrasa lo que no es llama.
Siempre habrá ramaje opcional
a desintegrar sonrisas que no frecuentes.

Maldigo
el despliegue de tus alas brunas,
señor Tibbets.

OJOS DEL ORÁCULO

La frescura del juglar, disparada,
penetra por las mucosas de cualquier derrota
para cebarse y anclar sus intenciones.

De nexos en verso,
acicalando la faz de un breviario
como obelisco en lanzadera.
No sé si con pies ebúrneos,
pero sí detonante del pincel

que mezcla su filamentosos trance
en el espumarajo del cieno.

¡Y qué sé yo de primaveras!

Pregúntame por la escarcha en los ojos del oráculo
o sobre lanzas al rizarse en el mismo punto
que estos ungieron a las faldas de nuestras órbitas.

PLIEGOS

Tu monólogo y el mío son pecios
que conducen a la amnesia selectiva,
abono que favorece
la germinación de los pli-egos;
incentiva el desdoro de azucenas
y buscan oxígeno
en las pozas del arrabal.

DETRÁS DE MI SOMBRERO

Se vuelven movedizas las ganas
de sacar los ojos al hierbajo,
de tirar la esperanza a un río de penumbra
y zurcirla luego con la misma resina
que acidifica los más benignos intramuros.

Que la espiga muestre sus colmillos,
adoquine las palabras sin traducir,
cobije sombras detrás de mi albino sombrero
hasta que el miedo tema su propio espanto
y la humedad acrisole sus lágrimas;
que brote, se desarbole

y lo resarza por tres roñosas monedas;
que acote mi pozo
y lo llene de conceptos
hasta que algún eremita con don de hechicero
deshaga los lazos del entredicho
que colecciona vísceras y salmodias
en los propósitos de este naufragio.

CHARCO DE HORAS

Llámease abrigo a los rayos
si afligen por decenios y a desbanda,
a la efervescencia que nos conforma y agita.
Asimílese como patria a toda quimera
que desemboque con furia en el inodoro del ocaso.

Si no hay luz sembrada en la sazón esteparia, búsquela.

Un vendaval gira en torno al suplicio
trajeando su ego con hebras de piel,
y una lengua amputada
gime, supurante y gutural, por sus exequias.

Gotas de noche en un charco de horas infectas.

El cielo parece un cráneo azul
lleno de badenes y rasantes.

¡Y el grito es una caverna vacía!

La mano de un mendigo esculpe
halos de caridad a las puertas del lodo,
para reconfortarse al soñar
que toda belleza brota desde un vertedero.

IV Certamen de Poesía y Relato
“Poeta Guillermo Fernández Rojano”
Categoría Escolar

"Alma"

Sandra Merino Castro

La Cala del Moral, Málaga

Primer premio

Modalidad Relato Categoría Escolar

IV Certamen de poesía y relato

Guillermo Fernández Rojano

"Alma"

Solo recuerdo estar entre las cuatro paredes de esta extraña habitación. Tengo la impresión de que paso las veinticuatro horas del día rodeado de numerosos cuadros que mi memoria se esfuerza por reconocer. Lo primero que pienso es que quién ha decorado esa habitación tiene definitivamente "*horror vacui*", algo que puede llegar a resultar abrumador. La ornamentación está bien hasta cierto punto, cuando no supone una obligación ocupar cada hueco de la pared para evitar ese atisbo de vacío que nos puede llegar a hacer reflexionar sobre los vanos que tiene nuestra vida, con el consiguiente efecto de la duda. ¿En qué momento consideramos que falta algo? Puedo llegar a pensar que lo más importante son las experiencias vividas, y que empiezas a perder cuando sientes que se te escapan como arena entre los dedos. "Aprieta los puños, no dejes que se te escape ni un grano", recordé que me decía alguien, aunque no recuerdo quién. Yo sentía como si no dejara de recoger arena y tirarla sin parar. Sabía que era lo mismo, el miedo a una pared vacía, el miedo al vacío mental. Trabajo diariamente para que no me ocurra. Puede que ese sea el motivo por el que estoy aquí. Debo observar los cuadros. El primero en el que se fijan mis ojos es en un paisaje que representa una oscura y lóbrega noche, que a la vez resulta agradable y acogedora. Se parece a un cuadro famoso que he apreciado numerosas veces a lo largo de mi vida. ¿La noche estrellada? Sí, seguro que es ese. De Van Gogh, un referente del que tomé muchas técnicas. Recuerdo haber pintado cuadros similares, de lugares de mi Holanda natal que adoraba. Me consideraba ecléctico, no seguía un modelo en específico. Al lado de ese, hay uno hecho con pinturas pastel de una calle bordeada por edificios bajos, simétricos y arcaicos, así como una acera de trazado irregular que se pierde en la profundidad de una

luz. Me suena aquel lugar, tal vez había pasado alguna vez por él o había ido de pequeño. De repente veo a un niño correteando por aquella calle. No soy yo, de eso estoy seguro. En el suelo había algunas pinturas, y el niño señaló una de ellas. Es justo la que estoy observando en este momento. Me preguntó si la había pintado yo, y le dije que sí. Pareció algo sorprendido. Miró mi torso, y yo hice lo mismo. Bajo la mirada y veo un único brazo. No recuerdo haber visto a nadie con un solo brazo. ¿No se supone que las personas normales tienen dos brazos? ¿Quiere decir eso que yo no soy normal? La normalidad, un concepto tan sensible como subjetivo. Me viene a la mente un extraño recuerdo al pensar en eso. Se trata de un hombre, creo recordar que era mi tío Costico el que me dijo que aquello que creemos anómalo en nosotros es aquello que nos hace únicos. Supongo que se refería a la ausencia de mi extremidad. No querría que me acomplejara por ella. Creo recordar que nunca me importó demasiado. "Nada te puede impedir conseguir lo que quieras", esas fueron sus palabras textuales, las cuales tengo grabadas a fuego. Le dije al niño que lo había hecho con mi otra mano, la izquierda. La gente solo usa una de sus manos para realizar actividades del tipo escribir o dibujar. A la hora de pintar no tenía ninguna limitación, por eso y por mi incondicional amor a la pintura decidí embarcarme en el arduo mundo de los artistas. También para ganarme la vida, siempre he estado muy solo. Mi tío Costico no era mi tío de verdad, aunque yo le llamaba así. Me encontré abandonado, seguramente por mi condición de tullido, en un suburbio a las afueras de La Haya, donde él trabajaba. Me había olvidado de la razón por la que lo hizo, pero creo que se debía principalmente a la lástima. Observo mi único brazo con atención y sonrío. Cinco dedos, los mismos que había representados en la Creación de Adán, un cuadro de uno de los primeros artistas extranjeros que tomé como modelo. A lo largo de mi vida, le había encontrado un

significado personal. La incipiente unión del bien con el mal, de la razón con la ignorancia, de la cordura con la locura. Como si todo estuviera paralizado en un punto que le otorga el perfecto equilibrio para la existencia. Ese equilibrio que yo necesito para no volverme loco. Mis ojos se detienen en un cuadro que no sé atribuir a ningún pintor famoso, no sé si por desconocimiento o por inexistencia. Se trata de un bodegón, una cesta rebosante de distintas frutas, con colores diversos y cálidos. Su luminosidad me transmite mucho encanto. Al mirar el cuadro reparo en que tengo hambre. Hay una puerta a mi espalda, pero está cerrada. Mi intuición me dice que no debo abrirla, que todavía debo seguir mirando cuadros. Nunca fui alguien caprichoso, o al menos eso creo. Me bastaba con tener algo que llevarme a la boca cada día. Costico trabajaba en las minas y ganaba un sueldo precario con el que compraba lo básico para que los dos pudiéramos vivir modestamente. Creo recordar que me pasaba los días solo, deambulando por las calles del centro haciendo los recados que me encargaba, que normalmente se trataba de comprar fruta. Me entregaba diez florines neerlandeses y lo que me sobraba dejaba que me lo quedara. Yo lo ahorré hasta que un día pude comprarme una paleta de acuarelas. Esas fueron mis primeras pinturas, las cuales utilicé principalmente para pintar en los muros que había en el patio de mi casa. Costico venía al final del día y me felicitaba por aquellos dibujos. Decía que tenía talento. Yo no sabía hasta qué punto creerle, creo que en ocasiones exageraba. Me propuso que fuera a pintar a muros abandonados que hubiera en la calle, que tal vez alguien se fijaría en mí. “Saca ese talento a pasear”, me decía. El siguiente que llama mi atención es uno más abstracto que está justo al lado. Inmediatamente me acuerdo de El Bosco y esos cuadros que reproducen a la perfección su filosofía moralizante. El que tengo delante de mis ojos es difícil de describir. No recuerdo haberlo visto nunca. Varias

personas borrosas encima de un fondo dorado con extraños trazos de colores fríos alrededor. Da qué pensar. Sus gestos corporales les dan un aire presuntuoso. Lo primero que pienso es que esas personas solo piensan en sí mismas y actúan según su propio interés. "El ser humano es tan egoísta", pienso. Es egoísta por naturaleza. La mayoría de las personas tienden primero a satisfacer sus necesidades y deseos, y muy pocas se paran a pensar en las demás. En la vida la gente va a aprovechar al máximo todo lo que pueda, avasallando y humillando al que está al lado si es necesario. No les importan los sentimientos ajenos, que algo te pueda molestar. De repente me acuerdo de todas las miradas de la gente que me veía por primera vez. En lo primero que se fijaba la gente era en que me faltaba un brazo. Esas miradas descaradas cuando iba caminando por la calle de personas que pensaban qué podría haberme pasado. Simplemente había nacido así. No recuerdo que sea algo malo. Me acuerdo de mí mismo pintando en las paredes de una casa abandonada en pleno centro, y una señora que pasaba por allí diciéndome que no destrozara las infraestructuras públicas. Yo pensé que no lo estaba "destrozando" como ella decía, sino que lo estaba remodelando. El arte urbano le da vida a las ciudades, es una forma de ocultar la obsolescencia de algunos edificios. Me fijo en otra pintura que hay colgada cerca. Es un atardecer en una playa, y en una esquina está fechado y nombrado el lugar: *The Pier, 1966*. Sí, recuerdo esa playa. El humilde embarcadero sobre la orilla y el resto del espacio completamente vacío, con el mar escondiendo el sol poco a poco. Me trae buenos recuerdos. Me veo a mí mismo de niño tirando piedras al mar. Luego veo a una extraña mujer caminando por la orilla. Estaba de espaldas, era alta, delgada y con el cabello largo y rubio. ¿Es real ese recuerdo? No encuentro ningún contexto para él. Decido continuar mirando cuadros para ver si encuentro una

respuesta. El siguiente que llama mi atención es un dibujo de la silueta de un hombre tumbado y rodeado de personas. No sé si está muerto o si solo está dormido. Pero inmediatamente mi mente recuerda “Lección de anatomía del Dr. Nicolaes Tulp” de Rembrandt, que fue uno de sus primeros cuadros y una auténtica obra de arte. Me alegra tener tantos referentes paisanos. No tiene nada que ver con su iconografía, pero no puedo evitar recordar a mi tío Costico en su lecho de muerte, yo tenía diecisiete años recién cumplidos y toda la vida por delante. Fue inevitable que una neumoconiosis derivada de su explotador trabajo se lo llevara por delante. Antes de morir me dijo que nunca dejara de pintar, y que si seguía por ese camino iba a encontrar todo lo que necesitaba en la vida para ser feliz. Yo no sabía a qué se refería. Después de eso, determiné que tenía que ponerme alguna meta. Si Costico me había dicho que siguiera por ahí era por algo. Entonces decidí que quería estudiar Bellas Artes en la universidad. Claro que, para eso necesitaba ahorrar. Mis ojos vuelven al cuadro del principio, el de la calle en la que me suena haber estado miles de veces. Al recordar a aquel niño que me preguntó por la autoría de esos cuadros, recuerdo que eran míos y que trataba de venderlos en la calle. En esa calle. También recuerdo que encontré trabajo en un bar de camarero. Allí trabajaba a media jornada y salía de trabajar por la noche, momento en el que me colocaba a un lado de aquella calle con todos mis cuadros expuestos en el suelo y observaba cómo los viandantes se paraban a mirarlos con curiosidad y seguían caminando. Como mucho vendía uno a la semana y no lograba sacarle más de sesenta florines. Una noche me dije a mí mismo que no merecía la pena estar tanto tiempo sobre el frío suelo hasta altas horas de la madrugada para no vender nada. Enlazo esa última noche con un nuevo cuadro. Es el retrato de una chica rubia, puede ser la misma que he recordado caminando por la playa. Ojos claros y almendrados, tez clara, melena rubia y

brillante y sonrisa tímida. Su rostro tenía una peculiaridad. En su ojo izquierdo, su iris poseía una deformación. No sabía si eso resultaba pernicioso, pero a mí me llamaba mucho la atención. Me hace sentir que tengo algo en común con ella, como si la falta de mi brazo y el coloboma de su ojo nos unieran por tratarse de cualidades congénitas tan atípicas. Lo que tengo claro es que la he visto antes. Y la primera vez fue aquella noche. Estaba sentado con la espalda apoyada en la pared y vi a una chica de unos veinte años acercarse hacia donde estaba yo. Hizo lo mismo que todos. Se quedó mirando los cuadros en silencio mientras yo la miraba a ella, pensando que nunca había visto a una mujer tan guapa y tan elegante. Ella me dijo que los cuadros eran muy bonitos, y me preguntó que por qué los vendía. Le dije que estaba ahorrando para ir a la universidad y creo que la impresioné. "¿Cómo te inspiras para pintar todo esto?", me preguntó. "Yo pinto aquello que me gustaría recordar. Es sencillo. Si veo algo que me gusta, lo pinto". Ella sonrió, sus ojos almendrados se iluminaron. Le dije que me recordaba a "La joven de la perla", de Johannes Vermeer. Ella me dijo que no tenía ni idea de arte, y yo atisé un deje británico en su acento cuando lo hizo. Le pregunté por sus orígenes, me dijo que era de madre escocesa y padre holandés. Yo le conté que no tenía ni idea de mis raíces, pero que tampoco tenía interés en saber nada. Me fijó en que en una esquina del cuadro hay una inscripción: *Alma, 1971*. Sí, así se llamaba. Me lo dijo justo después. Era un nombre atrapante, muy profundo. Me contó que al día siguiente tenía un vuelo a Edimburgo, y que no sabía cuando volvería a Holanda. No quise perder la oportunidad, y le confesé sin rodeos que me gustaría pintarla. "Entonces eso significa que te gusto", me dijo ella. Es extraño, no recuerdo que el cuadro que estoy mirando sea el que pinté aquella noche. Empiezo a mirar otros que hay en la pared. En la gran mayoría aparece ella, y en los que no aparece, puedo verla. ¿Qué quiere decir

eso? Vuelvo a mirar el cuadro de la playa. La veo caminando por allí, es de noche. Efectivamente, esa noche la pinté caminando por la playa, sus finas piernas difuminadas con el mar, y la oscuridad de la noche reflejada en el cielo. Ella era la luz que iluminaba el paisaje, y mientras la pintaba, supe que también quería que fuera la luz que iluminara mi vida. Cuando acabé, recuerdo que le regalé el cuadro firmado por mí. Le puse que ojalá el destino nos volviera a juntar algún día, ella cogió el cuadro y lo miró con ternura. "Ojalá cumplas tus sueños", me dijo. Acto seguido se acercó para darme un beso en la mejilla y un abrazo de despedida. Cuando la estreché entre mis brazos, percibí el dulce olor de su perfume de narcisos, lo que me hizo asociar esa flor con ella. Al separarme fue cuando me fijé por primera vez en el coloboma de su ojo, que me dejó hechizado. Le dije que había tenido suerte porque era la última noche que pensaba dedicarme a vender cuadros en la calle. Ella me suplicó que no lo dejara, que el mundo necesitaba ver mi arte. "Algún día, la vida siempre le devuelve la suerte que se merece a alguien que no la ha tenido", me dijo ella. Era algo parecido a lo que me había dicho Costico, que algún día encontraría la felicidad. En ese instante pensé que lo dejaría todo por ella, y entendí por fin que eso era lo que mi tío había querido decirme con que "encontraría la felicidad por ese camino". Alma era esa felicidad. Ella había hecho que me enamorara a primera vista. ¿Qué ocurrió con ella? No concebía no volver a verla nunca más, que se fuera y solo me quedara el borroso recuerdo de aquella noche en la playa. Me doy cuenta de que eso no ha sido así, Alma aparece en muchos más cuadros que hay en la habitación. No sólo su retrato, también aparece en jardines, en montañas, en bosques, en atardeceres... e incluso en uno aparecía con un niño pequeño. Observo otros y veo a una niña también. El mismo niño y la misma niña aparecen en varios cuadros con diferentes edades. Pese a eso, no se me

ocurre quienes pueden ser. Ni la chica, ni los niños. Tengo la impresión de que cada vez que avanzo recordando mi vida, la recuerdo cada vez peor.

—¿Qué tal, cariño? —dice una voz dulce a mi espalda.

Me giró y veo a una mujer de ojos claros y almendrados, tez clara, y melena rubia y brillante. Me suena de algo. La mujer me acaricia la cara y me mira con ternura y algo de tristeza.

—¿Qué es esto? —señalo a mi alrededor.

—Es una sala de tu museo.

—¿Mi museo?

—Sí. Se llama *Ziel*... Alma, como yo. Le pusiste mi nombre. Eres pintor, ¿recuerdas? El médico dijo que mirar tus propios cuadros era una buena forma de ejercitar tu memoria.

Ella me abrazó por detrás y colocó la cabeza sobre mi hombro mientras señalaba una de las pinturas. Me percaté de que olía a narcisos, un perfume que me resultaba familiar.

—Ese es tu hijo, ahora es mayor. Acaba de ser padre, y tú acabas de ser abuelo. ¿No te acuerdas? Y la que está ahí es tu hija, acaba de cumplir la mayoría de edad.

—¿Y tú? ¿Quién eres?

—Yo soy Alma, cariño. Tu mujer.

"El secreto de la cabaña"

Carmen Vera Lozano Volkova
Villanueva del Arzobispo (Jaén)

Segundo premio
Modalidad Relato Categoría Escolar
IV Certamen de poesía y relato
"Guillermo Fernández Rojano"

"El secreto de la cabaña"

El bosque era precioso: colmado de delgados y altos pinos, junto a pequeños árboles a rebosar de diminutos pájaros que descansaban en las finas ramas, apenas sin hojas. El sendero que había a mi derecha —por dónde había venido minutos atrás— se encontraba repleto de las pequeñas hojas marrones que les faltaban a los árboles, iluminadas por pequeñas farolas, y, por último, el lago que se encontraba detrás de mí, el cual, estaba tan calmado y silencioso que me provocaba escalofríos. Mis castaños ojos contemplaban la gran cabaña abandonada que había frente a mí: los grandes ventanales estaban llenos de barro seco mezclado con un par de gotas de sangre, el sucio porche lleno de hojas que se movían al son del viento, y las flores de las macetas que había en los balcones de la segunda planta, marchitadas por el abandono.

Llevaba un par de minutos escuchando los agobiantes gritos de dolor y angustia que provenían del interior de la casa. Me pasé las manos por la cara antes de guardarlas en los bolsillos de mi abrigo, por el frío. Me fijé en la gran puerta de madera que había frente a mí. No sabía si entrar o no, ya que mi cabeza era un completo caos, ¿de verdad había alguien herido dentro o era mi mente intentando convencerme de que entrase a aquel sitio en busca de adrenalina? Cerré los ojos un par de segundos antes de mentalizarme de lo que iba a hacer. Dentro de mis bolsillos, sentí las pequeñas heridas que me estaba provocando a mí misma, hincándome las uñas en las palmas de mi mano, del miedo y nerviosismo que había sobre mí. Mis delgadas piernas comenzaron a andar hacia los pequeños escalones que había frente a la puerta, ensuciándolos del reciente barro que había pisado. Al

llegar al elevado porche, eché un pequeño vistazo a los alrededores de la cabaña, ya que mi mente no paraba de decirme, una y otra vez, que había alguien: una persona observando todo lo que hacía. Me centré en la entornada puerta que había a pocos metros de mí, y comencé a preguntarme a mí misma: ¿está bien lo que estoy haciendo? Ni siquiera supe qué responder, por lo que di un par de pasos y apoyé la palma de mi mano sobre la puerta, empujándola lentamente, haciendo el menor ruido posible, para poder entrar a la intimidante cabaña. Al poner un pie sobre aquel hogar, pude oler una mezcla de agua estancada y de putrefacción. Me tapé la nariz con la mano izquierda, mientras que con la otra, intenté buscar el interruptor de la luz por las paredes que me rodeaban, hasta que me percaté de que esta cabaña llevaba abandonada desde 1996, y habrían cortado la luz y el agua. Me palpé los bolsillos de los pantalones en busca de mi móvil para encender la linterna de este, y cuando por fin pude ver claramente lo que se encontraba frente a mis ojos, no pude asimilarlo:

A mi izquierda estaba el salón, los sofás y sillones estaban cubiertos por una sucia sábana blanca —pero esta se había convertido marrón a causa de los años— y estanterías llenas de libros históricos. Frente a mí se encontraba la cocina: las puertas de los muebles en donde se encontraban las vajillas estaban arrancadas, y, además, los platos y vasos también estaban desperdigados por el suelo, rotos; también, el fregadero desprendía muy mal olor, al igual que el frigorífico, que se encontraba justo al lado. Con miedo, me acerqué a la sucia cocina para poder comprobar la procedencia de aquel desagradable olor. El fregadero estaba lleno de barro y observé con detalle un par de gotas de sangre, esta vez más grandes que la de las ventanas. Me giré un poco para poder abrir el

frigorífico y me arrepentí al momento: estaba encendido y funcionando. También había varios objetos, que eran tarros sucios. Sin embargo, había uno diferente a los demás, uno grande, más transparente y brillante que el resto. Mis manos temblaban al saber lo que mi cabeza estaba planeando, pero, al final, agarré aquel pesado tarro y lo puse sobre la encimera.

Sin embargo, me detuve al instante, ya que mis oídos captaron un leve sonido justo detrás de mí, cerca de la puerta, por la que minutos antes había entrado. Cerré los ojos con fuerza y tragué saliva mientras inspiraba con valentía e intenté abrir aquel tarro: el desagradable y putrefacto olor se impregnó en mi nariz haciendo que mi cuerpo no tuviese fuerzas para afrontar lo que acababa de hacer. Parpadeé un par de veces para conseguir que mi vista mejorara y me asomé con un poco de intriga para ver el contenido del desconocido recipiente. Arrugué las cejas e intenté intuir lo que había metido allí: las paredes estaban llenas de un líquido rojo, lo que deduje que era sangre, y también se hallaba un órgano de un color rosa claro. Me giré para verlo desde otro ángulo y pude observar las estrías que había en aquellas paredes del órgano: un estómago o un cerebro, pensé.

Esto parecía una broma, era imposible que en esa abandonada cabaña hubiese órganos en el frigorífico, además, tampoco tenía sentido que hubiese electricidad en un hogar que llevaba desalojado desde 1996. En mi mente había cosas que no cuadraban del todo y, además, el miedo me carcomía por dentro. No sabía si dejar de investigar la cabaña o quedarme para ver lo que me esperaba, sin embargo, la intriga jugaba un papel más importante que el miedo, por lo que tragué saliva y cerré los ojos rápidamente antes de arrepentirme de aquello: puse el

móvil en la mesa para que iluminase toda la sala, alcé las manos intentando no cambiar de opinión y las bajé rápidamente a aquel órgano, acariciándolo e intentando intuir qué tipo de órgano era y saber si era real o no.

Mis manos comenzaron a pintarse del mismo color, brillante y vivo, que el órgano. Subí la mirada hacia arriba y tragué saliva para seguir con mi plan: identificar qué clase de órgano era aquel. El tacto era viscoso y horroroso, pero todavía no podía determinar el tipo. Hasta que empecé a pasar la palma de mi mano por todas las paredes. Si tenía forma de saco con dos válvulas en los extremos era un estómago, pero si el órgano estaba dividido por un gran surco y su superficie estaba plegada, formando circunvoluciones, era un cerebro. Permanecí durante varios minutos mirando hacia arriba y acariciando aquel órgano, pero después de tanto buscar, encontré en la parte inferior del tarro un trozo más duro que los otros: el tronco encefálico. Por lo que era una gran parte de un encéfalo humano...

Aparté las manos del tarro y las metí en el fregadero con prisa, intentando limpiar con agua la sangre y la viscosidad de mis manos. Temblando, presioné la maneta del grifo, pero, de repente, el líquido que deseé que fuese agua comenzó a verse del color de mis manos, rojo. Mis extremidades comenzaron a ensuciarse aún más gracias a los chorros de sangre que salían sin control del grifo de la cocina. Me alejé de inmediato del fregadero y, sin apagarlo, busqué con la mirada algo físico con lo que secarme, pero al no haber rollos de papel ni nada parecido en los cajones presioné mis manos sobre mi abrigo y comencé a limpiarme en mi propia ropa, manchándome de sangre.

Mi respiración se encontraba muy agitada, y yo, demasiado nerviosa. Todavía no sabía de dónde provenían los pequeños gritos de dolor y debía seguir buscando. No podía dejar ahí a alguien, en esa casa de terror. Me acerqué a la encimera y cogí mi móvil, todavía con la linterna encendida. Me giré hacia mi izquierda, en donde se encontraban las escaleras. Me faltaba toda la parte de arriba por inspeccionar: las habitaciones y los baños. Tragué saliva, con miedo. Solo había explorado la parte inferior de la casa.

Suspiré y caminé lentamente hacia la escalera. Mis botas resonaban en el suelo de madera con cada paso que daba, haciendo crepitar el viejo parqué más de lo necesario. Lo único que se escuchaba era mi irregular respiración y el crujido de las tablas del suelo. Subí por las viejas escaleras, ascendiendo a la última planta. Al cambiar de piso me apoyé en la barandilla, pero aparté mi mano al instante cuando noté en mi piel un líquido espeso. Observé la palma de esta y el fluido que cubría gran parte de mi mano tenía un color rojo oscuro y olía a hierro. Estaba segura de que era sangre, y era reciente, ya que no estaba seca.

Respiré hondo y seguí subiendo las escaleras hasta parar en un pequeño pasillo con tan solo tres puertas. Una de ellas era el baño, pequeño y con el lavabo lleno de barro, al igual que el suelo de la ducha. Las dos puertas restantes eran habitaciones: una era más grande que la otra. La pequeña estaba llena de pósteres de antiguos grupos musicales y hojas sucias con pentagramas. La cama no tenía sábanas ni edredón, solamente había un colchón lleno de manchas marrones, haciendo que la habitación se viera sucia y descuidada. La última sala era la más grande, por lo que imaginé que era la habitación de los padres de la familia que vivió aquí. Había una cama matrimonial,

también sin sábanas y llena de manchas. Sin embargo, estas salpicaduras no eran marrones, sino que su color era rojo. Las palpé con cuidado, con un solo dedo, y noté cómo la sangre se impregnaba en mi piel. Esta también era reciente, al igual que la de la barandilla. La habitación estaba muy vacía, ya que lo único que tenía, aparte de la cama, era un armario empotrado lleno de polvo. Pero el cuarto no quedaba solo ahí, ya que también tenía un baño propio. La puerta estaba entreabierta y vi cómo en el manillar dorado se reflejaba un fluido rojo, igual al que me había encontrado anteriormente. Así que le di una patada floja a la puerta para abrirla del todo y lo que me encontré fue a una chica...

¡Una de mi edad! Unos diecisiete años más o menos, con unas manos pequeñas muy bien cuidadas pero llenas de sangre por las heridas. Tenía unos vaqueros de tiro bajo negros, dejando ver su plano y hermoso abdomen repleto de las recientes apuñaladas. También llevaba un jersey azul claro, manchado de barro y pequeñas gotas de su propia sangre. Su pelo era castaño y corto, pero el cabello que había sobre su nuca estaba tintado de un rubio oscuro, y sus ojos eran de un castaño brillante.

Era Emma, una de mis amigas...

No supe la razón por la cual mi cabeza no supo reaccionar deprisa ante esa situación.

Tenía puñaladas en todas las partes posibles: pecho, abdomen, muslos y antebrazos. Su cara era como una pintura trágica en donde había horror, miedo y mucha miseria. Su rostro estaba pálido, acercándose a un blanco reflectante, y sus mejillas estaban repletas de lágrimas que caían vagamente de sus ojos, casi cerrados por su desangrado.

Me quedé inmovilizada en el sitio. Lo único que mi cuerpo hacía era respirar irregularmente, parpadear lentamente e intentar pensar en algo. Pero nada. Ni un movimiento, llamada o lloro. Las falanges de mis dedos intentaron moverse para llamar a la policía con el móvil que tenía sobre las manos, pero nada. Era como si mi mente y mi propio cuerpo no se pudieran conectar, como si no tuviese sistema nervioso. No me sentía humana. ¿De verdad un humano estaría parado viendo cómo una amiga de toda la vida se está desangrando ante sus ojos? Lo dudo.

De repente, el brazo de Emma se movió lentamente para apoyar la palma de la mano sobre la pared e intentar levantarse del suelo. También intentó gesticular un par de palabras, pero su esfuerzo fue en vano, ya que no tenía fuerzas ni para hablar. No pronunció ni una sola palabra. Yo necesitaba poder moverme y poder ayudar a detener el sangrado para que mi amiga pudiera sobrevivir. ¿A qué coño esperaba? Ni yo misma lo sabía. Mis nudillos se encontraban blancos de la fuerza con la que sostenía los extremos de la chaqueta que llevaba puesta.

Ya era bastante. Intenté mover mi pierna derecha hacia delante para poder ponerme frente a ella y, al fin, después de los segundos más largos de mi vida, pude moverme hacia delante y colocarme de rodillas al lado del casi inerte cuerpo de mi amiga. Presioné las heridas más abundantes y más peligrosas, las de su abdomen.

—Ca-mi-... —la pequeña vocecita de mi amiga me desubicó por completo— ...-la...

—Emma... —mi tono se entrecortó un poco a causa de los lloros que ya por fin me salieron.

«Una vez más, Emma. Habla de nuevo, por favor. Cuéntame lo que ha pasado aquí. Dime la persona que te ha hecho esto...»

—¿Quién ha sido? —pregunté, sabiendo que no iba a recibir una respuesta coherente.

—Tú... —tartamudeo lentamente, sin fuerzas para más.

Ya llevaba más de diez minutos intentando que Emma no se desangrase y seguíamos en la misma posición, temblando de miedo. Torné la mirada hacia el pálido rostro de mi amiga, y esta ya no tenía los ojos abiertos ni entreabiertos. ¿Se había rendido ya?

Oí un portazo en la planta baja. Alguien estaba subiendo. ¿Era tarde para ser rescatada? ¿Iba a ser asesinada? El suelo temblaba de la presión que ejercía aquella persona al subir las escaleras de la cabaña. Me di la vuelta para intentar encontrar al atacante de mi amiga y me encontré con una sombra apoyada en el marco de la puerta de la habitación. La figura era delgada y no muy alta. No podía ver muy bien su cara ni su ropa, pero me fijé en la herramienta que había junto a la sombra, en su mano: el objeto era largo y en el extremo había una lámina metálica, ya que vislumbré el brillo que desprendía. De repente, oí cómo un sonido metálico se iba acercando poco a poco hacia mí. Entrecerré los ojos para poder ver mejor y observé cómo la sombra se iba moviendo lentamente hacia mí, haciendo que el objeto metálico que arrastraba con ella rayase el entablado.

—¿Quién eres? —balbuceé con miedo y apenas sin fuerza.

La sombra seguía su recorrido acercándose a mí, sin

responder a mi pregunta. Intenté saber quién era aquella persona, pero apenas había luz y mis manos temblaban más de lo debido sobre las heridas de Emma. Hasta que de pronto, sí la pude ver del todo: era bastante alta y corpulenta. Su pelo, negro como la noche, contrastaba con sus brillantes ojos castaños apenados, acompañados de aquellas largas y rizadas pestañas que los adornaban de una manera peculiar. Llevaba puestas unas botas de cuero negras y unos vaqueros azules desgastados junto con un abrigo negro abotonado hasta el cuello. Pude observar las pequeñas pecas que había sobre gran parte de sus coloradas mejillas y nariz achatada. Y, finalmente, gracias a la gran cicatriz que tenía consigo bajo el ojo izquierdo, me hizo descubrir su identidad.

Fue acercándose cada vez más a mí, con pasos silenciosos y pequeños, jugando con aquella hacha ensangrentada que llevaba entre las manos. No hablaba, parecía poseída por algo, como si no fuera ella misma.

—¿Por qué vas detrás de ella, Camila? —su voz era dulce. Sin embargo, había bastante odio y rencor en ella.

—Emma siempre fue mi amiga —me giré hacia ella, y apoyé mi oído sobre su pecho.

Necesitaba saber si había un ligero pulso, aunque solo fuese uno. Pero nada... Ya no latía. Había muerto justo delante de mí. Y yo ahí estaba, sin apenas haberla ayudado a sobrevivir. Las lágrimas salieron de mis ojos sin parar mientras abrazaba su inerte cuerpo. Me acurrucaba sobre ella como si fuera una muñeca de porcelana, como si estuviera viva y me sintiese junto a ella, acariciándola. Pero nada era como yo quería.

—Pareces un perro descuidado yendo detrás de su

maltratador dueño —se puso de cuclillas frente a mí y soltó aquella arma sobre el sucio entablado— ¿Acaso no recuerdas todo lo que sufriste por ella?

—Pero ella... —mi voz se entrecortaba por la ansiedad y el nerviosismo que llenaba cada parte de mí— Yo solo quería ser buena persona, y ya sabes lo que le pasa a la gente buena en este mundo, ¿no?

—Deberías ser tu prioridad, Camila. No es egoísta, es necesario— parpadeó lentamente, al igual que yo— ¿Por qué te dejaste destruir por ella?

—Pero, Camila, mi corazón no lo entiende. No sé cómo explicarle al vacío de mi cuerpo que lo oscuro de mi mente está lleno de sus fríos recuerdos —Camila se acercó a mí y se sentó junto a mí, apoyando su mano en mi tembloroso muslo.

—Estamos tan vacías por dentro, Camila, que queremos llenarlo con cualquier cosa.

Me levanté rápidamente y pasé la manga de mi abrigo por mis lacrimosas mejillas. No quería estar cerca de la asesina de Emma. Pero el gran problema, es que la asesina era yo... Apenas entendía nada, ¿qué hacía yo matando a Emma? Era imposible que yo hiciera eso...

—¿Por qué sufres tanto por ella? Después de lo que te ha hecho, no deberías llorar por ella. No deberías gastar ninguna lágrima por ella. Camila, entiende. Emma y todo el pueblo te han hecho sufrir demasiado, ¿no crees que deberías acabar con eso? —levantó una ceja mientras se levantaba del suelo y se metía las manos en los bolsillos del abrigo.

—¿Y qué debo hacer? —interpelé, sin saber si hacía lo correcto o no.

Mi otro yo sonrió con malicia, sabía lo que iba a responder en un par de segundos, por eso la callé al instante. No quería matar a nadie. Nadie más debía morir por mi culpa. Un par de insultos más no harán daño, pensé. Sin embargo, llevaba considerando eso varios años, una y otra vez.

Deberías morir. Si no quieres asesinarlos, suicídate —se acercaba poco a poco a mí, posicionándose frente a mí, su otro yo. Negué un par de veces con la cabeza mientras me echaba hacia atrás lentamente— Todo el sufrimiento que tienes por culpa de ellos, ¿quién te lo quitará? El dolor es imposible que se vaya solo. O lo haces por ti misma o te irá llenando cada día más y más hasta que no puedas lidiar con ello.

—Tú no puedes tomar la decisión de matarme o no —mi otro yo soltó una risa mientras iba de nuevo al baño, donde se encontraba el arma— Soy yo la que debe decidir mi suicidio.

—En realidad, sí que puedo decidir tu muerte. Yo soy tú... Yo pienso al igual que tú, y mi corazón es el mismo que el que tienes tú —se agachó lentamente, como si disfrutara el momento, y agarró aquella hacha llena de sangre. Se giró, dando una vuelta sobre sí misma, y caminó hacia mí sin prisa alguna.

—Sabes que no puedes más. Tú corazón y tu mente no pueden soportar más odio. Por eso cada día te sientes más frágil, más débil, porque ya no das de más de sí —jugaba con el arma mientras hablaba— Hacía mucho que querías esto. ¿Por qué no aceptas tu destino, Camila? Tu mente lo desea, y tu corazón, aún más.

—No, por favor... Ahora no —balbuceé soltando lágrimas por aquellos cristalinos ojos color avellana— Déjame, por lo menos, escribirle una carta a mamá y a papá para que sepan la razón. Ellos no saben nada de lo que me pasa...

Y de pronto saltó. En el mismo vuelo me destruyó, clavándome su arma en el cráneo, haciendo que mi cerebro se partiese en dos partes, expulsando toda la sangre que almacenaba en mis venas. Mi corazón cesó de bombear lentamente. Mi cuerpo se desplomó al suelo por completo, yéndose poco a poco. Mi corazón se ralentizaba al igual que mi respiración, dejándome en una calma absoluta... ¿Y mi otro yo? ¿Se moriría junto a mí o sobreviviría? De repente pude escuchar un golpe que procedía de mi derecha, no tenía las fuerzas suficientes como para girar la cabeza y ver lo que sucedía, pero pude deducir que tendría el mismo destino que yo.

Ya no me importaba absolutamente nada, solamente necesitaba paz y calma, de lo que había carecido durante mucho tiempo. Ya ni siquiera me interesaba vivir, ¿para qué? Sin embargo, había una cosa que quería antes de soltar mi vida de una vez por todas: que la vida no se olvidase de mí y que algún día me devolviese todo el amor que ofrecí y nunca fue valorado...

"Marionetas de la desdicha"

Adela Reyes Godoy
Canena, (Jaén)

Primer premio
Modalidad Poesía Categoría Escolar
IV Certamen de poesía y relato
"Guillermo Fernández Rojano"

"Marionetas de la desdicha"

El pescador melancólico

Los pies agrietados
sobre una arena que cedía,
y que dejaba paso a un pescador
que su vida al mar debía.

Las sirenas de la costa
contra el casco del velero irrumpían,
escupiendo regueros blanquecinos
que sobre proa escurrían.

Ante el suave tacto del viento
la vela se estremecía,
el robusto mástil del velero
a su llamada respondía.

Bajo la mirada del horizonte
el ocaso tímidamente enmudecía,
un embrollo de hilos dorados
su boca de fuego envolvían.
El salitre del ambiente
a la piel del pescador se adhería,
formando trazos resplandecientes
que denotaban melancolía.

Los candiles de la noche
sobre un velo de oscuridad relucían,
el pescador agradeció a sus intérpretes
por actuar en su último día.

El jardinero desvariado

Un jardinero desvariado
tocar una rosa codiciaba,
y en la mudez de la noche
a divisarla se acercaba.

Perpetuas horas en el jardín
ensimismado la miraba,
mas no antes de rozarla
con espinas se topaba.
Llegó el estío imperante
y la rosa las espinas desechaba,
el jardinero con sus toscas manos
digno no se sentía de palparla.

Días de incertidumbre,
el invierno atroz aguardaba,
dispuesto a acabar con la agonía
de la rosa delicada.

El jardinero finalmente decidido
fue a acariciar su rosa anhelada
y aproximándose al jardín sollozó,
¡ay de mi rosa escarchada!

El piloto idealista

Si me dieras un papel
haría un avión puntiagudo,
sobrevolaría el manto cerúleo
utilizando el aire como escudo.

Divisaría la forma en que el viento
pastorea a sus dóciles ovejas,
que acordes a sus peticiones
cambian de forma con destreza.

Contemplaría las enseñadas,
que por la gula incitadas
un día para colmar su sed
al mar robaron sus marejadas.

Vislumbraría gigantes monstruosos
cuyas cabezas rasgan el cielo,
esclavos de la rutina
que buscan en las alturas su consuelo.

Escaparía de las desdichas terrenas
del regusto de esta vida hiel,
haría un avión y planearía mi huida
si tuviera un insignificante papel.

El viandante abúlico

En busca de una alternativa a su infortunio
entre excusas se resguardaba,
incapacitado por una abulia imperante,
ausencia de rutina y morada.

Transeúnte fugitivo
que ante adversidades menguaba,
divagaba ante la inseguridad del camino trazado,
náufrago de una sociedad apesadumbrada.

En el alborozo se regodeaba,
de las sobras se alimentaba,
reticente a consentir la expiración
de su distopía disparatada.

La realidad tras la esquina aguardaba
aunque dudosa era la llegada,
pues, viandante por los pavimentos
con sus propios pies tropezaba.

Mas, cuando advirtió el as,
carta subsiguiente del sino en la jugada,
el viento se llevaba el polvo
sobre el que florecían azucenas taimadas.

El labrador extenuado

Coge el labrador la azada
resiliente pero extenuado,
el sol proyectándose en su espalda
cual vigilante despiadado.

Sangre brota de sus nudillos
Después de seis horas está fatigado,
piensa en qué ocurriría
si sobre el surco fuera encontrado.

Se imagina un óbito indoloro
pero tal pensamiento ha descartado,
voces de niños aparecen en su subconsciente
¡Papá papá, qué bien que has llegado!
Piensa en cuando recibe su jornal
y se pueden permitir comprar pescado,
exclaman eufóricos sus hijos
que es el mejor manjar que han probado.

La pesadumbre de su edad
rezuma de su costado,
pero sigue perseverante trabajando
pues la razón de su existir ha encontrado.

El pintor consternado

Tinta derramada,
papeles arrugados,
la ventana perforada,
el pintor yace tumbado.
Entran transeúntes expectantes
¿qué habrá con su vida acabado?,
sueltan hipótesis, conjeturas,
pero conclusión no han alcanzado.

Ojos vagan por la habitación
y se topan con el caballete desplomado,
la entereza ahuyenta sus dudas
y maldicen al sino despiadado.

Pétalos carmesíes
tientan al final augurado,
brillan los escarabajos azabaches
que al pintor han consternado.

Quimera de una rockera

No sé cómo todo empezó
solo recuerdo que no recuerdo.
¿Una casualidad espontánea
o un eterno desacierto?

Camino sobre mis piernas,
mas piernas no son, sino cimientos
de lo que un día una chica era,
ahora desvanecida en lo incierto.

Era aquella adrenalina
la que me arrancó desprevenida el aliento,
las cuerdas de la guitarra vibraban
y mi mente se desviaba del segmento.

Segmento trazado por lo establecido,
nosotros predestinados a seguirlo sin verlo,
pero desmentido cuando en el escenario
la moraleja se escindía del cuento.

Escondida tras letras
que eran garabatos sin propiamente serlo,
escritas de puño y letra
por un corazón desierto.

El romántico incansable

Inmune al espíritu pérfido
no sentía la brisa despiadada,
optaba por indagar en el corazón
el más recóndito de sus recovecos buscaba.

Presa de una atroz sociedad
desesperado aun así motivos buscaba,
desmentía sádicas realidades
fiel a su mirada esperanzada.

Un día tomó un camino a casa
que difería del que comúnmente transitaba,
se adentró en los suburbios
y su perspectiva fue alterada.

Un niño se agarró a su pierna,
sus ojos vivos clamaban
una salida de ese infierno,
de la miseria que lo rodeaba.

El hombre se arrodilló
con el alma resquebrajada
y agarrando la cara del niño
vio como su fe en la sociedad expiraba.

El tanoestético nostálgico

Capa de polvo retira,
almidona la tez descuidada,
ve reflejada una estrella
ahora en el cielo atornillada.

¡Ay, luna cascabelera!
devuélveme mi vida pasada.
Lo invade la nostalgia,
pureza de sus manos aterciopeladas.

Empolva sus mejillas
tan tenues como rosadas
y de las suyas propias
rueda una lágrima desenfrenada.

Escruta su nariz puntiaguda
que parece artísticamente inacabada,
aquella que le dio su primer respiro,
la misma que se lo quitaba.

Llora por lo que padece,
su alma abiertamente descarnada,
pena en un silencio afilado
por la ausencia de su dulce amada.

La escritora catastrofista

Desgarro mis entrañas,
ansío la respuesta,
lo que más me enloquece,
en mi memoria se encuentra.

Huidiza de la repetición
la sinonimia auxilia mi duda,
¿qué me hace menos escritora
que aquel que sus sentimientos coagula?

Yo no sé de culteranismo,
mis versos no siguen patrón,
escribo sobre catastróficas desdichas,
de papeles emborronados se basa mi creación.

La lógica se desvanece,
mi duelo personal con cada letra,
mas no se ordenan como quiero,
encadenadas me juegan otra treta.

Me quedo en blanco,
la inspiración no acude a mi llamada,
este verso es el ejemplo,
de nuevo a mi mente subordinada.

Índice

Presentación

IV Certamen de Poesía y Relato "Poeta Guillermo Fernández Rojano" Categoría General

Modalidad Relato

Primer premio "Zapatos rojos con tacón de aguja" de Juan Carlos Pérez López (Bormujos, Sevilla).	9
Segundo premio "El velatorio" de Juan Molina Guerra (Ubrique, Cádiz)	27
Tercer premio "En el final" de Concha Mora Olmedo, (Madrid).	47

Modalidad Poesía

Primer premio "Madres y abuelas, años 50" de María del Pilar Geraldo Denia (Albacete).	57
Segundo premio "Canas en el corazón" de Laura Estébane Palmero (El Ejido, Almería).	63
Tercer premio. "A propósito de vísceras y entredichos" de Héctor José Rodríguez Riverol (Breña Baja, La Palma, Santa Cruz de Tenerife). . .	83

IV Certamen de Poesía y Relato "Poeta Guillermo Fernández Rojano" Categoría Escolar

Modalidad Relato

Primer premio "Alma" de Sandra Merino Castro (La Cala del Moral, Málaga)	101
Segundo premio "El secreto de la cabaña" de Carmen Vera Lozano Volkova (Villanueva del Arzobispo, Jaén) .	111

Modalidad poesía

Primer premio "Marionetas de la desdicha" de Adela Reyes Godoy (Canena, Jaén)	125
---	-----



**AYUNTAMIENTO
DE ORCERA**